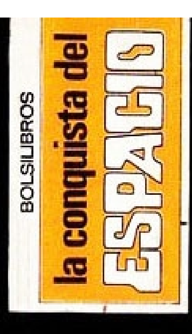


OBJETIVO: DESTRUIR UN MUNDO

a. thorkent

CIENCIA FICCION

Leviatán, un carguero dedicado a tareas de contrabando y a otras actividades dudosamente legales por los planetas situados más allá del territorio del Orden Estelar e incluso en los nebulosos límites del mismo, lo cual les ha acarreado más de un tropiezo con las patrulleras del mismo…

Huyendo de una de ellas a causa de una acusación de asesinato, con averías importantes y las reservas de combustible casi agotadas, recalan por casualidad en un Mundo Olvidado que no figura en los registros del Orden Estelar, lo que hace prever que pueda convertirse en un buen refugio para dar esquinazo a sus tenaces perseguidores; gracias a una antigua base de datos descubren que se trata de Urren, una de las últimas colonias fundadas por el Imperio antes de su colapso definitivo. El Leviatán aterriza en uno de los satélites del planeta, un pequeño astro desolado carente por completo de vida en cuya superficie descubren, de forma accidental, la entrada de una cueva en cuyo interior reposa un artefacto cuya manufactura es claramente no humana.



A. Thorkent

Objetivo: destruir un mundo

Bolsilibros: El Orden Estelar - 12

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 301

ePub r1.0

xico_weno 08.09.15

Título original: *Objetivo: destruir un mundo*
A. Thorkent, 1976

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Jeff Zarit entró en la cabina de mandos sosteniendo aún entre sus manos la escafandra. Su gesto era de derrota.

El capitán Jason Jacks se volvió irónico hacia él, comentando:

—¿Algo nuevo? Espero que te habrás convencido que no sacarás nada en claro de eso.

Maldiciendo, Jeff terminó de quitarse el equipo. Después de guardarlo en la alacena con los demás trajes, dijo:

—Al menos he llegado a la conclusión que se trata de algo totalmente desconocido para nosotros.

—Entonces no has perdido el tiempo del todo —rió Mario Manara, olvidándose por un instante de su trabajo. En seguida se encontró con la mirada recriminadora del capitán y regresó a sus cálculos ayudado por el computador.

—Toma un trago y descansa —dijo Jason llenando un vaso con licor que tendió a Jeff.

Jeff lo apuró rápidamente y chasqueó la lengua.

—Ese condenado chisme… ¿Por qué no me has permitido que lo desmontara pieza por pieza, jefe?

Jason señaló una de las pantallas, en donde se mostraba la cercana presencia del planeta, del cual era satélite el pequeño cuerpo sin vida donde estaba posada su nave.

—Sus dueños pueden molestarse, ¿no?

—No digas tonterías. Ya sabemos que en ese mundo sus habitantes son humanos, y esos aparatos no fueron construidos por seres como nosotros.

Jason arrugó el ceño. Sabía que Jeff Zarit hubiera llegado a ser un gran científico si no hubiera tenido la mala suerte de… Pero aquella historia no interesaba ahora. Los problemas con que se enfrentaban eran otros muy distintos que asuntos amorosos. Si Jeff aseguraba que la estación que había descubierto a varios kilómetros

no estaba construida por humanos, bien podía ser así. Pero de todas formas él era el capitán y era su deber obrar prudentemente.

—Llevamos poco tiempo aquí, Jeff —dijo Jason pacientemente —, pero el suficiente para saber que los habitantes del planeta han visitado restos dé viejas instalaciones de observación, que fueron abandonadas hace tiempo. Tal vez decidieron instalar bases en la otra luna, que está más próxima al planeta y de mayor gravedad, aunque apenas alcance un octavo a su mundo.

—Sí, todo eso lo recuerdo —asintió Jeff—. Pero no puedo creer que los hombres de ese planeta hayan construido ese tinglado que descubrimos casualmente. Todo eso fue hecho por seres que miden y calculan de distinta forma a nosotros. Y estoy seguro que sigue funcionando, jefe. Hasta me atrevería a decir que se trata de algún complicado mecanismo que registra todos los movimientos de este sistema planetario.

—Puede ser, claro. Pero ahora tenemos otras cosas más importantes en las que ocuparnos, Jeff —dijo Jason terminando por esbozar una sonrisa—. No olvidemos que tenemos que tomar una rápida decisión. La patrulla nos puede localizar y alcanzarnos.

El capitán movió un interruptor y habló por el micrófono que surgía del panel de mandos.

—Eh, Gruber, estamos esperando tu informe. ¿Qué tienes que decirnos? ¿Podemos esperar ayuda de esa gente o nos marchamos a toda velocidad aunque este cacharro estalle?

Jason se mordió el labio superior. Gruber siempre tenía la manía de guardar registros, datos y estadísticas que él siempre consideró como una pérdida de tiempo y la ocupación de un espacio precioso en la nave. Pero en más de una ocasión los datos que Gruber proporcionaba gracias a sus absurdos archivos les habían sacado de peligrosas situaciones.

—Hemos tenido suerte, capitán —respondió la voz ronca de Gruber—. Esta zona ha estado olvidada por siglos. Pero dispongo de algunas grabaciones que hablan de este planeta y sus cuatro satélites. Por cierto que las cintas me costaron veinte créditos en
Albar II
hace dos años y…

—Ve al grano.

—Quería decir que ya es hora que me recompensara por mi

afición, capitán.

—Lo haré algún día. Ahora habíamos del planeta y sus habitantes.

Escucharon el inconfundible gruñido de Gruber y luego decir:

—Este planeta fue colonizado hace ochocientos años mediante una cédula especial del Emperador Dorden V, concedida a una sociedad humana que se formó para tal fin. Se sabe que guardó fidelidad al Imperio hasta la extinción de éste. Luego ya no se supo más de él. Al parecer sus riquezas no son muy grandes y sólo disponen de lo suficiente para un normal autoabastecimiento, por lo que el comercio con los demás mundos imperiales nunca fue grande. Si a esto se suma la cuestión de la enorme distancia que le separa del núcleo de los planetas habitados es fácil comprender que se sepa tan poco, de él. Me parece que ni incluso en la Tierra tienen registros de su existencia. Me olvidaba decir que su nombre es Urren y sus cuatro satélites son D'Artagnan, Porthos, Athos y…

—Aramis —concluyó Jason soltando una carcajada.

—¿Cómo lo sabe, jefe? —preguntó extrañado Gruber.

—Si hubieras leído *Los Tres Mosqueteros* lo sabrías.

—Pues nosotros estamos en Aramis.

—¿Qué más datos puedes facilitarnos?

—Poco más. Es imposible averiguar con lo que dispongo cómo nos recibirán si pretendemos aterrizar en Urren.

—Gracias, Gruber. Cuando seas capaz de salir de tu montón de papeles y registros puedes reunirte con nosotros. Cuento con tu opinión para tomar una decisión.

Jason cortó la comunicación e hizo girar su sillón. Jeff le miraba curioso y Mario había concluido con su trabajo, diciendo:

—Ya tengo confeccionado el programa de vuelo, Jason. Cuando quieras podemos aterrizar en Urren o marcharnos sin saludar a sus habitantes.

El capitán estudió los gráficos y arrugó el ceño. Estuvo pensativo unos instantes, hasta que Gruber entró en la cabina. Entonces, dirigiéndose a todos sus hombres, aunque Mario Manara ya sabía cuales podían ser sus palabras, dijo:

—Manara no puede darnos una gran alegría, muchachos. Podemos aterrizar en Urren y salir pitando de allí si las cosas se ponen mal. Pero entonces nos encontraríamos en un gran aprieto porque la energía que disponemos apenas nos permitiría alejarnos dos o tres años luz. Y ya sabemos todos que el próximo planeta conocido y habitado, en donde la patrulla no puede apresarnos, está a muchísima más distancia que nuestra actual autonomía nos permite.

—Entonces no nos queda otra alternativa —dijo Gruber encogiéndose de hombros—. Tenemos que posarnos en Urren.

—Exacto, pero dentro de esa alternativa nos quedan dos caminos.

Los tres hombres esperaron en silencio que su capitán les hablara.

—Uno de ellos es intentar aterrizar sin ser descubiertos y procurarnos el protoplasma que precisamos, contando que esa gente disponga de él, naturalmente. El otro camino es acercarnos anunciando nuestra llegada y rezar que no sean caníbales. Jeff esbozó una sonrisa.

—Por ese lado no tenemos nada que temer. Nuestros medios de observación no son muy buenos, pero ya sabemos que los urrenitas disponen de una civilización bastante alta y que son capaces de viajar por los planetas. Hemos tenido suerte al toparnos con un mundo olvidado que no ha sufrido un retroceso en el progreso. Las ciudades que vimos hace unas horas por el telescopio parecen ser grandes y modernas. Confío en que nos puedan prestar ayuda.

—¿Pero querrán ayudarnos? —preguntó Manara.

—Para saber eso sólo podemos hacer una cosa: aterrizar.

—Hay algo que no comprendo —dijo Jeff preocupado.

—¿Qué es?

—Llevamos ya más de cuarenta horas posados en este satélite, en Aramis. ¿Cómo es que no nos han descubierto aún?

—¿Tiene eso algo de extraño? —preguntó Manara.

—Estoy de acuerdo con Jeff —dijo Jason—. Un planeta altamente civilizado, con bases en otros mundos del sistema es forzoso que deban disponer de satélites artificiales que les avisen cuando una nave extraña irrumpa en su sistema _solar.

—Entonces… —dijo Gruber entornando los ojos—, es posible

que en estos momentos estén preparándose para atacarnos.

—Seamos optimistas y digamos que solamente están disponiéndolo todo para cercarnos y asegurarse que no somos hostiles —gruñó el capitán—. Si son parientes nuestros y civilizados tenemos que pensar que deben obrar como haríamos nosotros. Acordemos que nos encontramos ante un planeta parecido a la Tierra cuyos habitantes discurren como nosotros. Todo es semejante al entorno en donde siempre nos hemos movido.

—Excepto una cosa —suspiró Jeff.

—¿Qué?

—Que hay algo en este satélite que no puede proceder de una comunidad humana —dijo Jeff lentamente.

—Oh, no volvamos con tu dichoso aparato.

—Eso es, un aparato. Un aparato nada parecido a lo que he visto nunca. Y afirmo que no procede de Urren.

—Bueno, pues digamos que alguna civilización ignorada lo puso allí hace milenios, o procede de algún naufragio de seres extraños ocurrido en tiempos remotos —barbotó Jason cansado ante la insistencia de Jeff—. Sabemos que los humanos se encontraron en su viajar por el espacio estelar con rastros de civilizaciones que luego no encontraron o hallaron exterminadas por causas desconocidas. Lo que hallamos en aquella gruta es sólo un misterio más de los que encierra el espacio.

—Es muy raro que los urrenitas no lo hayan descubierto…

—¿Por qué estás tan seguro que no saben su existencia?

—Lógicamente se hubieran llevado a su planeta la instalación. No es muy grande y cabe perfectamente en una nave de reducidas dimensiones —aclaró Jeff.

—Pues dejemos aclarado que los urrenitas no han descubierto la instalación aún.

—Sería demasiada coincidencia, ¿no? Ellos viven aquí siglos y nunca hallan la gruta, mientras que nosotros, apenas recién llegados nos topamos con ella en la primera hora de nuestra estancia —Jeff movió la cabeza—. No puede ser.

Jason resopló y golpeó la mesa irritado.

—Eres absurdamente lógico, Jeff —dijo—. Deja de serlo por una vez. Es posible que sepamos las respuestas cuando nos pongamos en contacto con esos hombres. Ahora debemos prepararlo todo para

despegar de este satélite. Nos recibirán mejor y nos considerarán como amigos si somos nosotros quienes nos presentamos. Evitemos que nos conminen a identificarnos.

—¿Entonces desechas el plan de aterrizar en secreto? —preguntó Jeff.

—Desde luego. Sería absurdo. Nos descubrirían en seguida. No sabemos sus costumbres ni si hablarán aún nuestra lengua.

Todos excepto Manara abandonaron la cabina, recorriendo la nave asegurándose que todo estaba en orden para partir. Jason vio a Jeff echar una última mirada por un ojo de buey. Sabía que miraba hacia el lugar donde fortuitamente descubrieron la gruta que ocultaba aquel extraño aparato.

Jason movió la cabeza. Jeff era un científico-investigador frustrado, que hubiera alcanzado elevadas cotas de no truncarse su carrera y terminar convirtiéndose en un vulgar contrabandista. Le hubiera gustado darle aquel capricho, permitirle investigar en los complicados aparatos lo suficiente, incluso dejarle desarmarlo. Pero no había tiempo. Se encontraban en una zona desconocida del espacio estelar y era muy posible que la nave patrullera aún estuviera tras su rastro. Aquel condenado comandante era demasiado testarudo para abandonar la persecución.

Gruber y Jeff se reunieron con el capitán en el nivel intermedio, diciéndole que todo estaba en orden. Entonces los tres hombres ascendieron hasta la cabina de mandos. Manara se volvió excitado hacia ellos al verlos entrar, anunciando:

—Esos tipos se nos han anticipado, amigos.

—¿Qué pasa?

—Se acercan al satélite. Y parece que no con muy buenas intenciones. Son varias naves. El radar registra unas seis. Y creo que detrás de éstas llegan más.

Jason se sentó ante el panel y comprobó lo dicho por Manara. El técnico tenía razón. Eran seis unidades que parecían proceder del otro lado del planeta Urren. Se dirigían velozmente hacia Aramis. Ahora estaban a unos ocho mil kilómetros.

—Son grandes —musitó Gruber.

—Demasiado pesadas —añadió Jason.

—Ya me doy cuenta —dijo Jeff—. Creo que sólo son interplanetarias, incapaces de perseguirnos si pretendemos salir del

sistema. Si tuviéramos suficiente energía les dejaríamos con un palmo de narices.

—Pero no es así —suspiró Jason—. El encuentro será más fácil en el espacio. Ya que no podemos representar la comedia de querer anunciar nuestra visita, intentaremos engañarlos diciéndoles que nos dirigíamos a su planeta para presentar nuestros respetos. Partida dentro de veinte segundos.

Instantes después el navío despegó de la árida superficie de la pequeña luna, dirigiendo su trayectoria hacia la flotilla que se acercaba.

Jason ordenó a sus hombres que ocultasen el sistema de impulsión lumínica. La nave podía navegar mediante el sistema protoplasmático y el de combustión sólida.

Jeff movió la cabeza con pesimismo.

—Eso no los engañará. No serán tan tontos como para creer que hemos llegado de un punto situado a cientos de años luz viajando a velocidad inferior a ésta.

—Desde ahora la «Leviatán» procede de una nave nodriza mucho mayor que tuvimos que abandonar en las proximidades de este sistema —dijo Jason—. Ésa será nuestra versión original. Si las cosas van mal podremos escapar. No creo que se preocupen que vigilar un aparato, que suponen dispone de corto radio de acción.

Incluso Jeff tuvo que admitir que la actitud de Jason era correcta. Externamente el «Leviatán» tenía un aspecto deplorable, aunque sus motores fuesen excelentes. Aquel viejo truco les había salvado en más de una ocasión, permitiéndoles dejar un planeta precipitadamente, cuando los negocios se torcían y sus habitantes estaban dispuestos a encarcelar a los contrabandistas.

Jason, risueñamente, rememoró cuando en
Tirsis III
vendió a los nativos una partida de inservibles artefactos. Los tirsianos se reían entre ellos pensando engañar a los terrestres porque sus lingotes de oro no tenían más de 14 quilates cuando afirmaban que eran de 24. Pero Jason sabía aquello y el negocio resultó redondo porque la mercancía dejada no valía ni la décima parte del metal que obtuvo de baja ley. Dos semanas más tarde no tuvo el menor reparo en utilizarlo para comprar ricas sedas y perfumes a los mercaderes de Dirlioth, que no dudaron de su

palabra y aceptaron los lingotes como si fueran de oro puro. También de allí escaparon raudos, ante la sorpresa de los confiados nativos, que no podían comprender cómo una nave que parecía iba a romperse en cualquier instante era capaz de desaparecer en el hiperespacio apenas rebasado los primeros cien mil kilómetros de vuelo. Dejaron chasqueados a los patrulleros de la aduana que les esperaban para arrestarlos.

Media hora más tarde Jason hizo funcionar los deceleradores cuando estaban a unos diez kilómetros de la agrupación de naves. Inmediatamente sonó una serie de chirridos por el tornavoz. Manara ajustó la onda y una voz surgió chillona. Ninguno de los cuatro hombres parpadeó al escucharla pronunciarse en un idioma igual al suyo, aunque de acento muy distinto.

—¡…Su identificación inmediata! Esto es una advertencia seria y última. ¡Si nos entienden respondan!

Jason tomó el micrófono, se humedeció los labios y dijo:

—Soy el capitán Jason Jacks, comandante y propietario de la nave «Leviatán». Procedo de
Althar IV
y nos encontramos en precaria situación. Nos hemos posado durante algunas horas en uno de los satélites del tercer planeta de este sol, hacia el cual ahora nos dirigimos. Allí hemos reparado diversas averías de forma provisional.

La respuesta se hizo esperar unos tensos minutos. Al fin, la anterior voz volvió a decir:

—¿Aseguran que proceden de
Althar IV
? Hemos transmitido a nuestro Mando Central sus palabras y de allí nos informan que ese mundo está a dieciocho años luz de la Tierra.

—Eso es. Y solicitamos ayuda técnica además del oportuno permiso para posarnos en el punto que nos asignen en su planeta. ¿Nos equivocamos al pensar que ustedes proceden del mundo que tenemos cerca?

—Creo que eso ya lo saben ustedes. O, al menos, han debido adivinarlo. Desde el satélite han tenido tiempo de observarnos —replicó mordaz la voz.

—Es cierto, señor —replicó Jason cruzando una mirada con Jeff —. Sabemos que el planeta está habitado. A bordo disponemos de

algunas viejas referencias de esta zona y en ella indican que su mundo hace muchos años se llamaba Urren. ¿Correcto?

—Sí. Ha pasado mucho tiempo desde que ningún humano nos visitase. Será interesante saber qué ha pasado desde hace tantos siglos.

—Con gusto les pondremos al corriente. Confiamos que ya estén seguros que mi nave está desarmada y nos permitan aterrizar.

—¿Aterrizar? —exclamó la voz—. Ese verbo sólo lo utilizan los terrestres…

—Nosotros somos terrestres. Pero nuestro último puerto fue en Althar IV

—respondió Jason preguntándose cómo iba a reaccionar el urrenita al saber que habían nacido en la Tierra.

—No debiste decir eso, Jason —masculló Jeff en voz baja—. ¿Olvidas que en algunos planetas que vivieron mucho tiempo en el olvido aún persiste el odio hacia el viejo imperio terrestre?

Jason se encogió de hombros.

—Soy el coronel Yann Cerny, de la Federación Norte —dijo la voz empleando ahora un tono más suave—. Mientras conversaba con usted pedí instrucciones al Mando Central. Me es grato decirle que pueden planetizar en el punto qué le indiquemos. Tomen nota de las coordenadas.

—Planetizar —susurró Jeff—. Parece que los ancestros de esas gentes rompieron totalmente con la Tierra.

Jason dejó a Manara que recibiera las instrucciones, se levantó y dijo sonriente a Jeff:

—No seas pesimista. Te apuesto lo que sea que nos tratarán magníficamente y dentro de unos días podremos partir hacia donde queramos burlando definitivamente al patrullero.

Con aquellas palabras Jason demostró sin lugar a dudas que sus aptitudes proféticas dejaban mucho que desear.

CAPÍTULO II

—Confío que se encuentren a gusto aquí —dijo el coronel Cerny.

Jason había estado observando la habitación, amplia y disponiendo de un amplio ventanal desde el cual se observaba una espléndida panorámica de la ciudad a la que él y sus hombres fueron conducidos. Aquellas dependencias puestas a su disposición eran realmente acogedoras, los muebles funcionales y cómodos, así como los dormitorios y cuartos de baño. Incluso disponían de una pequeña cocina bien provista de alimentos refrigerados, concentrados y bastantes licores y vinos.

—He estado en hoteles mucho peores —sonrió—. Lo peor será a la hora de pagar la cuenta. Me temo que nuestros créditos terrestres no tendrán curso legal aquí.

Yann Cerny no pudo reprimir una sonrisa. Durante el trayecto desde el puerto del espacio hasta la ciudad había tenido ocasión de conversar con el capitán Jacks y sus hombres extensamente. Si al principio estuvo receloso, pronto se dijo que todo aquello estaba resultando demasiado sencillo y natural. Los extraños no parecían ser peligrosos. Además, tenían un sentido del humor al que el coronel le costó trabajo acostumbrarse. Pero ahora creía comprenderlo un poco, así como los extraños sentidos que los terrestres imprimían a sus frases.

—No se preocupe, capitán. Todo está pagado. Ustedes son huéspedes de la Federación Norte de Urren. Ahora tengo que retirarme. Si necesitan algo sólo tienen que pedirlo. Pero les ruego que por el momento no pretendan salir de este piso.

—¿Es que somos prisioneros? —preguntó Gruber acercándose. Llevaba en la mano una copa llena de un licor de color rojizo.

—De ninguna manera —negó Yann—. Me sentiría feliz si comprendieran nuestra situación. Mis superiores deben querer verificar ciertos datos. ¿No harían ustedes algo semejante si se

encontrasen en nuestra situación?

—Creo que tiene razón, coronel —dijo Jason rascándose la barbilla—. No se preocupe. Seremos dóciles. Sólo desearía que no nos mantuviesen mucho tiempo en esta cárcel de cristal, por llamarla de algún modo.

Manara, sentado en una butaca y fumando un largo cigarro que cogió de una caja que había hallado, dijo risueño:

—Váyase, coronel. Tan pronto nos deje solos llamaré al servicio. Si son bellas chicas le juro que no pienso moverme de aquí en varias horas.

—Lo siento. Disponemos de robots para los trabajos caseros —dijo Yann—. Pero podrán divertirse cuando el Mando Central lo autorice. Mientras tanto tendrán a su disposición una persona que les orientará e informará de todo cuanto precisen.

Saludó con un taconazo y salió del amplio salón, cerrando tras de sí la puerta. Inmediatamente, Gruber corrió y tomó el picaporte. La puerta se abrió fácilmente ante la sorpresa de todos. Al otro lado había un pasillo desierto y alfombrado.

—Pues no han corrido los cerrojos —dijo Gruber.

—Cierra esa puerta y permanece tranquilo, muchacho —ordenó Jason.

—Pero…

—Haz lo que te digo.

Refunfuñando, Gruber cerró de un portazo y se marchó al cuarto de baño. En seguida escucharon los grifos correr. Jason se acercó a la ventana y Jeff le siguió.

—Yo también pienso como tú —le dijo al capitán—. Es posible que nos estén observando.

—No lo creo del todo —Jason parecía visiblemente preocupado—. Parecen buena gente.

Treinta pisos más abajo discurría una amplia avenida por la que cientos de vehículos se deslizaban velozmente. Aquél parecía un planeta civilizado, feliz. Pero existía algo en el ambiente que Jason había creído percibir desde que descendieron del «Leviatán» y se acrecentó al cruzar la ciudad hasta aquel edificio donde fueron alojados, que tenía todas las apariencias de un centro oficial.

—He escuchado y leído muchas cosas acerca de los planetas que quedaron aislados después del derrumbamiento del Imperio para

estar tranquilo —rezongó Jason—. Docenas de mundos sufrieron un notable retroceso en su civilización, la mayoría. Pocos lograron evitar las guerras civiles y seguir progresando.

—Entonces hemos tenido la suerte de caer en uno de estos últimos. Y ya conoces las leyes respecto a los mundos olvidados.

—Sí. Ninguna nave del Orden Estelar puede inmiscuirse en sus asuntos.

—Por lo tanto, no podrán pedir nuestra extradición —añadió Jeff.

—A no ser que los dirigentes, una vez que sepan que estamos fuera de la ley, opten por sí mismos a entregarnos.

—Creo que no debimos huir tan precipitadamente de
Althar IV
—suspiró Jeff—. Aún no se habían pronunciado los cargos formales contra nosotros. Sólo éramos sospechosos.

—Mira, Jeff. Aquel asunto me produce náuseas. No quiero volver a hablar de eso.

—Como quieras. Sólo trataba de serte amable.

—Lo siento. Estoy un poco nervioso… —Todos lo estamos un poco.

* * *

Yann cruzó el alfombrado pasillo y entró en una natación en la que varios soldados parecían distraer el tiempo de diversas formas. Se pusieron en pie al entrar el coronel y el sargento se adelantó a saludarle.

—Ya conoce las órdenes, sargento —dijo Yann—. Los terrestres no deben abandonar el apartamento, pero si intentasen deberá usted disuadirles amistosamente. Nunca deberá emplear la fuerza si no es en último recurso. No creo que suceda nada, pero para su tranquilidad le diré que dentro de unos minutos se reunirá con los terrestres un delegado del Gobierno y él será totalmente responsable de cuanto ocurra.

—Sí, señor.

Abandonó aquel improvisado cuerpo de guardia y después de recorrer otro pasillo, más corto éste, llegó a otra estancia.

—Saludos, coronel —le saludó la mujer que allí parecía estar esperándole. Estaba acompañada por un hombre de edad madura,

que permaneció sentado tras una pequeña mesa.

Yann observó a la mujer. Era aún joven y muy atractiva. Sabía que era la designada por el Mando Central para servir de anfitriona a los terrestres. Pasó por su lado saludándola con una inclinación de cabeza y se situó ante la mesa del hombre, a quien saludó militarmente.

—Antes que la delegada Mirya se marche, coronel, desearíamos conocer su opinión de los terrestres.

—Pensaba ahora redactar el oportuno informe, señor Presidente.

—Lo leeré cuando lo tenga al mismo tiempo que los demás miembros del Consejo —asintió el Presidente—. Pero ahora desearíamos que nos anticipase lo más sustancial. Puede tomar asiento, coronel.

—Supimos de la entrada de la desconocida nave cuando se encontraba a unos dos millones de kilómetros de Aramis —empezó diciendo el coronel después de un carraspeo—. Creo que usted ya conoce todo lo que ocurrió desde entonces. En el Mando Central cundió cierta alarma. Por un momento se temió que nuestros cálculos estuviesen equivocados y la Hora Total llegase antes de lo previsto. Posteriores observaciones nos indicaron que la nave estaba posada en el satélite y no disponía de las características propias de las temidas…

—Discúlpeme si le interrumpo, coronel, pero ya conocemos todo eso —dijo el Presidente—. Deducimos que se trataba de una nave construida por humanos, y aunque durante siglos no hemos recibido la visita de ninguno de nuestros viejos parientes, tuvimos que aceptar que así era. Yo participé en las deliberaciones del Mando Central y el Consejo. Por contactos que sostuvimos con la Coalición Sur y las demás repúblicas optamos por conminar a la nave intrusa a entregarse o ser destruida. Esa misión le fue encomendada a usted. Todos nosotros escuchamos la transmisión de las palabras del… —consultó unos papeles y agregó—: Del capitán Jason Jacks. Nos sentimos vivamente sorprendidos y no dudamos en dar nuestro permiso para que los terrestres planetizaran. Pero lo que deseamos oír son sus conclusiones, coronel. ¿Qué ha pasado en el Imperio? ¿Por qué nos abandonaron a nuestra suerte apenas se instalaron en Urren nuestros antepasados?

—El Imperio, tal como lo conocieron los primeros colonos,

señor, no existe. Ya estaba corrompido entonces y pocos años más tarde se derrumbó. Transcurrió, al parecer, un período de total caos. Hubo guerras, saqueos, destrucción y demás horrores. Los planetas centrales perdieron el contacto con las colonias más alejadas. Incluso se olvidaron que existían. Creo que ahora nadie sabe que irnos miles de colonos llegaron un día a Urren.

»Según el capitán Jacks, su nave tuvo que abandonar otra mayor que les servía de nodriza, que explotó minutos después. Dicen ser los únicos supervivientes, señor Presidente.

—Al parecer la Tierra sigue existiendo, ha supervivido al Imperio y toda su podredumbre —musito el Presidente—. ¿Qué pasa ahora?

—Lentamente se fueron apaciguando los ánimos. El enorme Imperio quedó dividido en ciertos de reinados, federaciones y planetas independientes. Lentamente la Tierra resurgió y a su alrededor se unieron voluntariamente otros mundos. Pero parece que la tiranía dejó de existir, al menos de la forma que la padecieron nuestros antepasados. Existe una organización paramilitar denominada Orden Estelar patrocinada por docenas de planetas que conservan la paz y, desde hace bastante tiempo, están redescubriendo los mundos que quedaron olvidados. Al parecer, cuando hallan alguno, le invitan a unirse a ellos voluntariamente. Esa organización se limita a visitar los planetas, que pertenecieron al Imperio y les proponen integrarse a esa especie de Liga Estelar. Si reciben una negativa se marchan y no insisten hasta pasado algún tiempo.

El presidente entornó los ojos.

—Debieron haber llegado hace mucho tiempo. Ahora es posible que sea demasiado tarde.

—Tal vez no —intervino Mirya.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha reconocido usted la nave de los terrestres, coronel?

—El capitán Jacks se mostró muy amable y me la mostró entera —dijo Yann entristecido—. Se diferencia poco de las nuestras.

—Entiendo. Es incapaz de volar más allá de nuestro sistema.

—Así es. La nave nodriza que perdieron era la que transportaba su navío y la que podía viajar a las estrellas por el hiperespacio —concluyó el coronel.

—Usted, coronel, pertenece a la Clase AA y no es necesario que me ande con rodeos —dijo el Presidente—. Ya sabe a lo que me refiero. Son contadas las personas en Urren que saben lo que significará la Hora Total. Por lo tanto, debo preguntarle si, en su opinión, podemos esperar alguna especie de ayuda de ésos hombres.

—Aún no he tenido tiempo de responderme yo mismo a mis propias conclusiones, señor.

—¿Considera al capitán Jacks y sus hombres capaces de comprender una situación como la nuestra, de encontrar un medio para solicitar ayuda a la Tierra, al Orden, a quienes sean, para no tener que seguir confiando en la remota solución que nos supondría un éxito en el Proyecto
Anti-Hora
Total?

El coronel movió la cabeza.

—No lo sé. Esos hombres, según me han contado, son mercaderes. Viajaban desde
Althar IV
hacia Nemerdidis cuando sufrieron una avería en el vuelo y surgieron del hiperespacio. Entonces se percataron que estaban muy desviados de su ruta. Momentos después estallaron los motores de protoplasma y sólo cuatro de ellos consiguieron huir. Incluso su nave apenas puede navegar. Dicen que carecen de energía. Ya me insinuó el capitán que confiaban en que nosotros podríamos proporcionársela.

El Presidente casi saltó de su asiento.

—¿Cómo es eso? —exclamó—. Hay algo que no es lógico, coronel.

—¿Se refiere a cómo piensan los terrestres regresar disponiendo únicamente de una nave incapaz de navegar por el hiperespacio? —preguntó Mirya.

—Exacto —asintió el Presidente—. ¿Cómo piensan recorrer cientos de años luz a velocidad no lumínica?

—Yo también pensé en eso, Presidente —admitió Yann—. Pero no consideré oportuno interrogar entonces al capitán al respecto.

—Hizo bien, Cerny —dijo el Presidente—. Debemos ser prudentes. Mirya, creo que es hora que se reúna con los terrestres. Por favor no olvide ninguna de las instrucciones.

—Confíe en mí, Presidente —sonrió tranquilizadora Mirya.

—Todo el planeta confía en usted ahora. —Añadió sonriente—. Quiero decir el pequeño número de personas de clase AA.

CAPÍTULO III

—¿Qué pasa en este planeta, Mirya?

La joven se volvió vivamente hacia Jason. Aquélla pregunta del capitán parecía haberla cogido de sorpresa.

—No entiendo… —empezó diciendo.

Jason sonrió. Era el segundo día de estancia en la capital de la Federación y anochecía. La pareja estaba en la terraza, gozando de la placidez de la noche que comenzaba. Dentro, los hombres jugaban sus créditos al póquer. Yann Cerny era el invitado y aprendiz aventajado de aquel juego nuevo para él.

—Mire, Mirya, me tengo por buen observador. Durante dos días hemos visitado casi toda la ciudad y varios enclaves importantes de esta nación. Si desde el principio he percibido algo raro en el ambiente, esta tarde me he convencido que así es.

—Explíquese, Jason —le invitó Mirya esbozando una sonrisa que pretendía ser serena.

Jason encendió un cigarrillo. Se apoyó sobre la balaustrada de la terraza y señaló la ciudad que se extendía ante ellos con un gesto.

—Esta urbe me ha causado una grata impresión. La prosperidad parece plena en la comunidad. Y la gente feliz de vivir. Sin embargo…

—Continúe, capitán.

—Cuando converso con los dirigentes, con los presidentes de este país y los demás que existen en el planeta, noto en sus rostros una extraña ansiedad. Es como si esperasen algo especial de nosotros, como si no creyesen en todo cuanto decimos o recelasen de nuestras reales intenciones.

—Es usted muy desconfiado, capitán.

—No, Mirya. Llevo muchos años viajando por los planetas. Conozco muchas gentes, humanas o no. En cada lugar tienen un sistema de vida, unas costumbres. Le aseguro que este planeta me

recuerda enormemente a la Tierra. Todo lo encuentro normal excepto en que algunas personas las noto visiblemente preocupadas.

—¿Sólo algunas personas?

—Sí. Por ejemplo, usted es una de ellas.

Mirya se restregó las manos y sonrió torpemente.

Impulsivamente, Jason se acercó a ella y la besó. El capitán vio los ojos de ella muy cerca, muy abiertos por la sorpresa. Por un instante Jason creyó que la muchacha estaba respondiéndole, pero en seguida se desembarazó suavemente de él.

—Comprendo que haya estado mucho tiempo en el espacio, capitán, pero creo que no debía haberlo hecho —dijo Mirya secamente.

—Lo hice para tranquilizarla.

—Pero… Yo no necesitaba…

—Bueno, no se enfade conmigo, por favor. Hablemos de otra cosa. De su planeta, por ejemplo.

Mirya aspiró hondo y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Jason.

—Tiene derecho a saber todo lo que quiera de nosotros, capitán. Hasta ahora hemos sido nosotros los que constantemente le hemos interrogado sobre la Tierra y el viejo Imperio. Espero que comprenda nuestra lógica curiosidad.

—Por supuesto —sonrió Jason. Mentalmente aún saboreaba el agradable sabor de los labios de Mirya—. ¿En qué situación estaba la incipiente colonia cuando dejaron de tener noticias del Imperio?

—Apenas trajeron nuestros antepasados los elementos primarios para el inicio de una incipiente industria. Básicamente los colonos se dedicaron a la agricultura. Como ya sabe, este planeta es de temperatura similar a la Tierra, aunque domina el ambiente del trópico y las zonas frías son reducidas en los polos. Pronto se autoabastecieron de todos los alimentos precisos. La industrialización comenzaba cuando se empezó a tener noticias de la agitación en el Imperio. Después no se recibió ninguna noticia más. Y así hasta que llegaron ustedes.

—He visionado algunos registros que me facilitaron Tengo una idea bastante amplia de Urren y si los datos son auténticos, la sociedad de todas las naciones goza de bienestar. ¿Tuvieron guerras entre sí alguna vez desde que comenzó la colonización?

—Al comenzar el aislamiento, sí. Pero aún eran pocos los

urrenitas y por suerte se dieron cuenta a tiempo que aquella situación les llevaría a la autodestrucción. Olvidaron las rencillas y se dedicaron al trabajo. Posteriormente existieron algunos conatos que la cordura de los otros países hicieron abortar. Desde hace bastante tiempo todas las naciones decidieron estrechar la colaboración mutua desde que comenzaron las exploraciones dentro del sistema planetario.

—¿Qué hay de los vuelos a las estrellas más cercanas?

Mirya se envaró y respondió apresuradamente:

—Nuestra técnica no está lo suficientemente avanzada, Jason. Durante mucho tiempo tuvimos que dedicar todos nuestros esfuerzos en hacer habitable este mundo. El Imperio se limitó a traernos aquí por medio de sus grandes naves estelares. No disponíamos de ningún vehículo capaz de viajar a las estrellas cuando nos olvidaron. Pasó mucho tiempo hasta que los sabios se formaron y la industria estuvo desocupada lo suficiente para iniciar la investigación interplanetaria primero y proyectar naves con velocidad superlumínica después. En esta última fase nos encontramos ahora.

—Creo que con los nuevos contactos con el gobierno.

Terrestre podrán en breve viajar a otros mundos habitados —dijo Jason—. El paso será espectacular.

La muchacha entornó los ojos vivamente interesada, estado que no pasó desapercibido para Jason.

—¿Cuánto tiempo calcula que será preciso para que podamos disponer de navegación estelar?

Jason se encogió de hombros.

—Es difícil predecirlo. Y yo soy, quizá, el menos indicado. Primero tenemos que regresar a los planetas habitados más cercanos y poner en conocimiento de las autoridades la existencia de un mundo del que ellos ya no tienen la menor noticia. Se alegrarán mucho ante la novedad y en unos meses enviarán las primeras delegaciones. Pero para ello primero mis hombres y yo tenemos que surtimos de energía para la nave y…

Jason calló porque de pronto se dio cuenta que podía empezar a contradecirse. Había dicho que iba a precisar más de un año de vuelo en alcanzar a velocidad inferior a la luz el mundo habitado más cercano. Cuando se enteró que Urren no conocía aún el secreto

de los vuelos hiperespaciales se alegró de haber ocultado a los nativos que el «Leviatán» sí disponía de aquel medio además del más elemental. Debía presumir que los urrenitas podían retenerle para averiguar el secreto. El dispositivo que disponía su nave para engañar a los aduaneros y comerciantes de los mundos ahora podía servirles de mucho para marcharse de allí cuanto antes.

Jason se dijo que los problemas y ansias de los urrenitas por alcanzar pronto las estrellas no podía importarle. Posiblemente el patrullero del Orden Estelar que estaba persiguiéndoles llegaría a Urren en pocos días o semanas si no había perdido la pista. Entonces correspondería a los miembros de esta organización decidir posteriormente si podían facilitar a las naciones de Urren el secreto de la navegación hiperespacial.

Mirya había notado el silencio repentino de Jason y le miraba con los ojos entornados, como queriendo penetrar en sus pensamientos.

—Ya hablé con algunos dirigentes de mi gobierno y no creo que exista dificultad alguna en proveer a su nave de la energía suficiente, capitán. El Presidente está muy interesado en saber cuánto tiempo es preciso que transcurra para que la Tierra nos presente ayuda técnica.

—Calculo que más de un año —respondió Jason. Miró hacia el interior del salón, observando que la partida de póquer había finalizado. Sus hombres y el coronel Cerny estaban apurando la última copa y parecían prepararse para salir. Recordó que Cerny les había prometido llevarles a algunos lugares divertidos.

Jason no pudo ver la sombra que cruzó por el rostro de Mirya. Cuando volvió su mirada a ella, la muchacha empezaba, a sonreírle.

—¿Le gustaría conocer nuestros avances en la investigación estelar, capitán? —preguntó Mirya.

—Si eso no retrasara demasiado nuestra marcha, sí.

—Parece tener demasiada prisa en marcharse. ¿No le gusta nuestra hospitalidad?

—Mis hombres y yo estamos encantados; pero tenemos muchos asuntos pendientes que resolver, negocios. Tiemblo al pensar lo que encontraremos cuando regresemos después de un año de ausencia.

—Debe ser muy duro para un hombre como usted, acostumbrado a salvar distancias de años luz en días, tener que

perder un año en lo que podía necesitar sólo apenas una semana.

—Me temo que aún no he pensado mucho en que vamos a estar encerrados ese tiempo en la nave, Mirya. Y no quiero atormentarme. Pero no existe otra posibilidad. Ojalá ustedes hubieran ya podido construir naves de impulsión superlumínica.

—Tal vez exista una posibilidad.

—¿Cuál?

—Nuestros técnicos e ingenieros tienen dificultades en desarrollar algunos planos y resolver ciertos problemas en el prototipo que estamos construyendo en Atos, Jason. Es posible que ustedes sean capaces de resolverles sus dudas.

Jason rió con fuerzas.

—Ninguno de nosotros somos capaces de entender lo que es un motor protoplasmático, querida amiga. Mario Manara puede arreglar una avería importante, pero le entraría dolor de cabeza ante una computadora y un montón de diagramas.

—De todas formas tengo que transmitirle formalmente la invitación del Presidente de la Federación Norte y del Mando Central para que visite nuestras instalaciones en el satélite Athos.

—Uno de los mosqueteros. ¿Es el mayor de los cuatro?

—Sí. Y siempre está más alejado de Ararnos, que es el más pequeño y en donde ustedes se detuvieron.

—¿Por qué los bautizaron así?

—No lo sé. Tal vez algún primitivo colono era un admirador de Alejandro Dumas.

—¿Sabe que casi ningún terrestre ha leído esa novela?

—Usted sí.

—Pero no en la Tierra. Fue en un planeta del que no quiero acordarme. Allí existía una biblioteca muy grande con viejos clásicos de la Tierra. Desde Homero a los libre pensadores enemigos del Imperio. Por fuerza tuve que distraerme allí durante algunos meses.

—¿Cuál fue la causa?

—Estaba preso… Jason sintió deseos de propinarse un golpe. A veces olvidaba que tenía que representar cierto papel entre aquellas gentes.

—¿Preso?

—Bueno, fue por una cuestión de aduanas. Un mal entendido.

Cuando el cónsul terrestre se enteró me puso de inmediato en libertad. Incluso recibí disculpas.

La entrada en la terraza de Jeff Zarit le libró de tener que extenderse en aquellas explicaciones falsas. En realidad estuvo preso la única vez en su vida porque los comerciantes locales le denunciaron con la suficiente antelación como para que los aduaneros le impidieran poder marcharse. Desde entonces enmascaró su nave dándole una vieja apariencia, de cacharro de museo.

—Nos vamos, Jason. ¿Vienes? —preguntó Jeff, que observó de soslayo la encantadora figura de Mirya.

—Marchaos vosotros. La delegado y yo estamos ultimando unos detalles. Mañana iremos a Athos.

—¿No es uno de los cuatro satélites? ¿Qué hay que ver allí?

—Cuando regreséis os los explicaré.

—Pues será ya por la mañana —sonrió Jeff guiñando un ojo—. Porque tardaremos mucho en volver.

Jason saludó con un gesto a su amigo. Jeff había sido muy diplomático al asegurarle que podía estar tranquilo aquella noche.

Mario, Gruber y el coronel se despidieron y Jason preguntó a Mirya si quería tomar algo.

—En Urren tenemos un licor que le encantará probar, capitán —dijo Mirya.

—Si sabe como sus besos estoy seguro que sí.

—Se llama Darye.

—No lo he visto en la casa…

—Es muy caro. Yo tengo una botella en mi apartamento.

—¿Qué esperamos para ir allí y probarlo?

—¿Ahora mismo?

—La noche está empezando. Mis amigos dicen que tardarán en volver, pero yo quiero estar seguro que no nos interrumpirán. Y en su apartamento no podrán hacerlo.

—¿Qué quiere, capitán?

Jason la estrechó y besó con más pasión que antes. Ella sólo se deshizo del abrazo largo rato después, para decir:

—Abajo tengo el coche. En unos minutos estaremos en mi apartamento.

CAPÍTULO IV

Jason sabía que él y sus compañeros eran el centro ansioso de todos aquellos hombres. A su lado, Mirya se mordía los labios. El presidente de la Federación Norte, Hans Larssen, y el regidor de la Coalición Sur, Der Imre, cuchicheaban entre sí, procurando que sus palabras no fueran escuchadas por nadie.

Delante de la baranda, apoyado sobre un montón de planos y ayudado por dos pequeñas computadoras, Mario Manara y Jeff Zarit terminaban de revisar los diseños. Algunos ingenieros les aclaraban cuantas preguntas formulaban. Cerca de ellos, el coronel Yann Cerny esperaba con paciencia.

El viaje desde el planeta hasta el satélite Athos apenas duró veinte horas. Jason reconoció que la nave que usaron era excelente para aquel tipo de trayecto. Las instalaciones en la luna urrenita también le dejaron bastante satisfecho. Fueron recibidos por un individuo al que le presentaron como el jefe del complejo. Se llamaba Vint Subak, debía tener unos cincuenta años, el pelo totalmente canoso y grandes ojeras le envejecían más de la cuenta. Aquel hombre, como todos los que trabajaban allí, lucía sobre su pecho un rectángulo de plástico con sus datos personales y dos grandes letras A en rojo. Jason observó que todos los urrenitas que les habían acompañado se colocaron idénticas placas.

Donde se hallaban situados era una amplia pasarela que rodeaba la cúpula, enorme, donde se estaba construyendo la nave con la que los urrenitas confiaban en alcanzar las estrellas.

La habían inspeccionado detenidamente antes de subir a la pasarela donde estaban los estudios de planificación. A Jason se le antojó algo extraña, distinta a los tipos que él conocía. Particularmente no se sintió muy esperanzado ante los sistemas de vuelo hiperespacial desarrollado por los ingenieros.

Mario soltó la regla electrónica sobre los planos y se volvió

hacia su jefe, secándose con el dorso de la mano el sudor que le llenaba la frente. Jeff le siguió y Jason vio en ambos hombres una total desilusión.

—Mi opinión no puede ser tenida en cuenta, capitán —dijo Manara, pero esforzándose porque todos los presentes le escucharan —. Ya deben saber que no soy un ingeniero, sólo un navegador con algunos conocimientos. Los principios básicos de la impulsión superlumínica capaz de sumergir una nave por el hiperespacio y así evitar los efectos temporales de distorsión son desconocidos para mí, pero sí puedo apreciar que al final del proyecto existen muchas incorrecciones.

Vint Subak estaba pálido cuando inquirió:

—Resuma sus conclusiones, por favor.

—Llevan buen camino para construir una nave estelar. Pero una vez que la nave que están construyendo esté lista será un suicidio navegar en ella.

—¿Qué tenemos que hacer entonces? —preguntó roncamente Vint.

Manara se encogió de hombros.

—No puedo decirles cómo. Yo sólo puedo apreciar cuando una cosa está correcta.

La palidez de Vint se tornó violácea.

—Estamos trabajando en este proyecto desde hace mucho tiempo, señor Manara. Mis hombres y yo no vemos a nuestras familias desde hace meses. No bajamos al planeta y sólo descansamos unas pocas horas cada día para dormir malamente y comer aprisa.

Estamos confiados en poder terminar esta nave dentro de un mes y probarla entonces. No podemos detenernos.

Agitándose nerviosamente, el jefe del proyecto dio media vuelta y se alejó del grupo. El coronel Yann se apresuró en seguirle. Luego, lentamente, los demás técnicos e ingenieros se fueron dispersando. El trabajo en la nave no volvió a reanudarse. Abajo, los trabajadores dejaron de mirar hacia la pasarela. La acústica del lugar parecía haberles llevado las palabras dichas y la desolación en todos podía apreciarse desde aquella distancia.

Mario agitó la cabeza.

—Lo siento. Me hubiese gustado haber podido ayudar.

—Yo te comprendo, muchacho —sonrió Jason palmeando la espalda de Mario—. Y sé que ellos lo intentan, aunque les resulta duro admitir que su trabajo va mal encaminado.

—Pero puedo apostar que están bien orientadas sus investigaciones. Si terminan la nave y la prueban con prudencia se podrán dar cuenta donde están los errores. Sólo les llevará unos años. Creo que la Tierra tardó mucho más que ellos en poder salir del Sistema Solar…

Repentinamente, el regidor Imre se acercó y violentamente espetó a Mario:

—¿Años? ¿Insinúa que necesitamos años? No podemos esperar ese tiempo. Es muy sencillo decirlo cuando ustedes saben que dentro de unas fechas estarán lejos de aquí…

Imre cerró la boca, rehuyó la mirada sorprendida de Jason y los demás terrestres.

—Les pido disculpas. Creo que todos estamos muy afectados.

Jason empezaba a cansarse de unas aptitudes en los urrenitas que no comprendía.

—Estoy confundido, señores. Cada vez les comprendo menos —dijo.

Conciliador, el presidente Hans intervino.

—Vayamos al despacho del jefe Subak. Allí estaremos tranquilos hasta que nos avisen que podemos regresar a Urren.

Mientras caminaba por la pasarela en dirección al despacho que se encontraba al otro lado del astillero, Jason preguntó a Mirya que caminaba a su lado:

—Tú también pareces muy triste. ¿Qué os sucede con este proyecto?

Mirya dejó de mirar hacia el suelo y alzó sus ojos al frente.

—Si me miraras a los ojos sabría qué me ocultas. Ya te dije ayer que percibo una notable inquietud entre tus compatriotas. En Urren sólo eran unos pocos de cuantos veía; ahora, aquí, son todos los que parecen estar a punto de morir al día siguiente. Ahora me doy cuenta que este proyecto es la causa de todas vuestras preocupaciones.

—Sigues siendo tan observador —dijo Mirya con mordacidad.

Habían llegado al despacho y se acomodaron en las sillas. Dentro ya estaba el coronel Cerny y Subak. Terminaban de sostener

una conversación por radio cuando entraban. Jason vio a Subak nervioso, irritado. El coronel se apresuró a cerrar la puerta.

—Este hombre nos ha mentido, señores —dijo Subak señalando a Jason y dirigiéndose a los presidentes.

—¿Qué dice ese tipo? —exclamó Gruber.

—Que los terrestres no nos han dicho la verdad —añadió el coronel situándose al lado de Subak con aire amenazador.

El presidente Hans se interpuso entre los dos grupos y dijo visiblemente embarazado:

—Señores, no olviden que los terrestres son nuestros invitados. Me parece que se merecen una explicación a sus palabras y un trato más moderado.

—Creo que las explicaciones nos las tendrán que dar ellos —dijo Subak.

—Y muy detalladas —dijo Yann—. Subak y yo acabamos de recibir una comunicación de Urren, del puerto espacial donde está la nave terrestre. La «Leviatán» no ha podido seguir ocultando sus secretos después de una minuciosa inspección de un grupo de ingenieros pertenecientes al Proyecto
Anti-Hora
Total.

—¿Con qué permiso se han atrevido a ello? —gritó Jason—. Si han cometido algún desperfecto…

—Nosotros hubiéramos sido los últimos en querer dañarla, capitán —sonrió Subak—. Y el permiso nos fue concebido por el de Urren y pueden hacerlo.

Jason se volvió contra ambos mandatarios, interrogándoles con la mirada.

—Así es, capitán. Desde que ustedes llegaron él coronel creía que su nave no podía ser tan vieja como la fachada exterior la hacía aparentar. Envió un informe a Vint Subak y todos acordamos que un equipo de esta base marcharía a Urren mientras nosotros veníamos aquí. —Hans Larssen suspiró—. La verdad es que yo pensaba que el coronel estaba viendo fantasmas por todas partes y era en exceso receloso. No tenía la menor esperanza de que sus temores fueran ciertos. Pero, al parecer, yo era el equivocado y de eso me alegro mucho. Díganos, Subak, qué han dicho los ingenieros comisionados al inspeccionar la nave terrestre.

—Sencillamente, que dispone de dos sistemas de impulsión, ambos magníficamente camuflados. La «Leviatán» puede viajar a las estrellas por el hiperespacio y es una gran nave. Su fea apariencia exterior es sólo un disfraz.

Los cuatro terrestres se agruparon. Notaban la animosidad de los urrenitas. Jason buscó la mirada de Mirya, encontrando en ella que el amor había desaparecido para transformarse en un profundo odio.

El coronel tenía apoyada su mano derecha sobre la empuñadura de la pistola que colgaba de su cinturón.

—Esperamos sus explicaciones, señores —dijo.

* * *

—Estoy seguro que ustedes hubieran actuado igual que nosotros ante una situación semejante —agregó Jason después de relatar las motivaciones que les indujeron a ocultar la potencia de su nave—. Habíamos escuchado muchas versiones de los mundos olvidados. Han sido muchas las veces que naves aterrizaron en ellos por primera vez y sus tripulaciones fueron exterminadas sin motivo aparente. Aún existen muchos planetas en los que el Orden Estelar no han podido intervenir, porque cayeron en la depravación social y la barbarie o el odio hacia el viejo Imperio lo traspasaron a la Tierra. La verdad es que no podíamos saber si seríamos bien recibidos por ustedes o no. Un elemental principio de seguridad nos llevó a ocultarles que nuestra nave no es la pura chatarra que parece ser a primera vista. Luego, cuando supimos que aún no son capaces de navegar por las estrellas reafirmamos nuestra decisión de no decirles nada.

—¿Por qué? ¿No fueron tratados civilizadamente? —preguntó el presidente Hans.

—Es cierto. No esperamos un trato semejante. Cuando antes de partir hacia aquí comprobamos que ustedes habían cumplido con su palabra de abastecernos de energía y nuestra nave estaba dispuesta para la partida, me sentí un poco avergonzado. Pero luego, una vez aquí, deseché mis remordimientos porque volví a apreciar una gran ansiedad en conocer los secretos de la navegación superespacial. Sentí una gran inquietud. Y sigo sintiéndola porque no comprendo aún nada.

—¿Qué puede temer de nosotros, capitán? —interrogó Imre.

—Todo y nada. He pensado que desean conocer el secreto de viajar a las estrellas porque pretenden lanzarse a la conquista de los planetas cercanos. Pueden ser un peligro futuro para la actual paz de los planetas libres o bajo la tutela del Orden Estelar.

—¿Cómo puede hablar así un hombre que huye de la justicia de su mundo? —preguntó irónico el coronel.

—No me avergoncé antes de confesarles que somos contrabandistas; pero no asesinos ni criminales. Nos ganamos así la vida, aunque realmente también damos beneficios. Llevamos cosas precisas a planetas que las necesitan. Nos pueden tachar de estafadores y cobrar más que nadie por algo que tomamos o compramos de un mundo en donde apenas vale algo.

—¿Sólo por eso escaparon con tanta precipitación que equivocaron la ruta y se encontraron en un lugar inexplorado como éste? —preguntó Subak terminando con una socarrona risotada.

—En Althar mantuvimos negocios limpios totalmente. Allí no queríamos arriesgarnos porque el Orden ejerce un control total —masculló Jason. Sus hombres, sentados junto a él, permanecían en absoluto silencio, con los rostros ensombrecidos—. Ocurrió un incidente que nada tenía que ver con nosotros. El comerciante que nos ofreció una partida para venderla en otro planeta nos avisó a tiempo y conseguimos huir antes que los patrulleros del Orden nos pusieran la mano encima. Lamentablemente no tuvimos ocasión de embarcar la mercancía. Y estaba pagada hasta el último crédito.

—¿Qué ocurrió concretamente?

—No lo sabemos ciertamente. Nuestro abastecedor sólo tuvo tiempo para decirnos que alguien nos denunció horas antes a las autoridades y poco después apareció muerto. Al parecer era un competidor nuestro. Ésta es la verdad.

—No parecen ustedes personas fiables cuando alegan en defensa de sus mentiras que temían por la seguridad de su patria —escupió Subak—. Las gentes así carecen de patria, hogar.

Jason se puso en pie.

—Tal vez no seamos las personas que creyeron, pero tampoco indeseables. Y es cierto que pensamos en nuestros deberes por encima de las acusaciones que nos hicieron en Althar.

—Bueno, ya conocen la verdad —intervino Jeff Zarit—. Ahora

nos importa un comino si nos creen o no. Pero nosotros queremos también saber qué demonios está pasando aquí. Estoy de acuerdo con el capitán Jacks que ustedes traman algo. Me parece lógica nuestra postura.

Y se sentó cruzando los brazos sobre el pecho. Jason también lo hizo estudiando a sus improvisados acusadores. Se detuvo en Mirya y le envió una sonrisa.

—Si no lo entienden, Jeff ha querido decir que son ustedes los que deben explicarse —dijo Jason.

—No es nuestra obligación hacerlo —respondió Hans Larssen.

—Entonces, ¿qué quieren de nosotros?

Después de consultarse con la mirada entre sí, Hans, haciéndose portador del grupo de urrenitas, dijo escuetamente:

—Su nave, capitán.

CAPÍTULO V

La celda medía tres metros por dos. Jason disponía de una pequeña cama, una silla, una mesa empotrada y un lavabo que tapaba el minúsculo servicio. La luz colgaba del elevado techo cerca del respiradero. No había ventana y la puerta de acero tenía en su centro superior un ventanuco enrejado y cerrado.

Jason llevaba allí unas dos horas desde que volvieron del satélite Athos. Apresuradamente fueron conducidos a una fortaleza situada en las afueras de la ciudad, y distante del puerto del espacio. Cada terrestre fue introducido en una celda distinta. Como Jason fue el primero en ser encerrado, no podía saber si sus compañeros estaban cerca de él o no.

Se sentó sobre la cama y encendió el último cigarrillo terrestre que le quedaba. El humo le reconfortó y predispuso para la meditación.

Aquellos condenados urrenitas se traían algo entre manos, algo que podía jurar que el resto de la población del planeta ignoraba. Parecía una especie de conjura a nivel gubernamental. Jason presentía que las personas que estaban al tanto del alto secreto se identificaban por aquella doble A.

Recordó que habían hecho una leve referencia a la Hora Total y el proyecto, que parecía no tener nombre, fue denominado como Proyecto Anti-Hora Total. Toda aquella situación tenía algo de opereta. O al menos así se lo parecía a él. Pensó que tal vez no llega ría a tal conclusión si alguna vez conocía el secreto. Lo que le parecía burlesco podía trocarse en una tragedia.

En realidad entre los miembros pertenecientes a la logia AA existía una inquietud fácilmente palpable. Todos parecían trabajar hacia un fin que les debía resultar vital.

Jason terminó de tenderse en la cama y cerró los ojos, intentando dormir. No pudo conseguirlo hasta pasado bastante tiempo. Entonces sintió que le empujaban a la vez que le ordenaban que se levantara.

Somnoliento y molesto, se incorporó y abrió los ojos. Delante de ella estaba el coronel Cerny. Dos soldados con las armas amartilladas permanecían en la abierta puerta de la celda.

—Vamos, Jacks.

—¿Qué quieren ahora de mí?

—Vamos a darle una oportunidad.

—¿Qué clase de oportunidad? Yo sólo quiero marcharme de este condenado planeta.

—Sígame. Es posible que lo consiga…, si se muestra sensato.

Gruñendo, Jason siguió a Yann. Los dos soldados le dejaron pasar y luego se colocaron detrás de él.

Condujeron al terrestre a través de los grises pasillos, subieron unas empinadas escaleras de piedra, otro pasillo y entraron en una habitación sin ventanas. Los soldados se quedaron fuera y cerraron la pesada puerta de acero.

—Hola —saludó Jason—. Me parece que no falta nadie.

Estaban los mismos que en el despacho de Vint Subak, en Atos. Los terrestres saludaron sin entusiasmo a su jefe. Jason observó que Mario rehusaba mirarle. Al pasar junto a Mirya para tomar asiento al lado de sus hombres, Jason la sonrió y dijo:

—Hola, preciosa. ¿Iremos a tomar unas copas luego a tu apartamento?

Recibió una fulminante mirada de la muchacha y Jeff se permitió una sonrisa a su jefe.

—No es éste el momento oportuno para concertar una cita, Jason —dijo.

Vint Subak se levantó de la mesa que compartía con Hans Larssen e Imre.

—Señores, nuestros gobiernos urrenitas y el Mando Central han sido convenientemente informados y hemos obtenido plenos poderes para actuar con ustedes como mejor nos parezca. Esto quiere decir, llanamente, que sus vidas están en nuestras manos. Fueron encerrados en celdas distintas y uno tras otro comenzaron a ser sometidos a un interrogatorio bajo los efectos de drogas que

anulan la voluntad y deseos de mentir. Sus hombres pasaron primero y el tercero no resistió el proceso. Así, no tuvimos necesidad de usted. Claro, de no haber hecho efecto este procedimiento suave, disponíamos de otros. Ha sido mejor para todos, ¿no cree?

—Les suponía más civilizados. ¿Quién habló?

—Yo, jefe. Lo siento. No pude hacer nada. Si hubieran querido destrozarme el cuerpo no habrían conseguido nada —murmuró Mario.

—No te preocupes. Tal vez ha ocurrido lo mejor.

—Es curioso —siguió diciendo Vint—. Algunas personas son capaces de acondicionar su subconsciente de tal forma que las drogas no sirven. Sin embargo disponíamos de sistemas más dolorosos para ser usados posteriormente. Y sí somos civilizados, capitán.

—Lo dudo. Usan medios salvajes.

—No. Sólo somos patriotas. Queremos salvaguardar nuestro planeta —dijo Hans Larssen—. Vamos, Vint. No perdamos el tiempo. Diga a los terrestres lo que queremos de ellos.

—Sí, Presidente —asintió Vint—. Capitán Jason, necesitamos que ustedes manejen su nave hasta donde les digamos. Luego regresaremos aquí y les prometemos que les dejaremos partir. E incluso pueden ser recompensados por la demora que sufrirán sus negocios. De esta forma se librarán de caer en la justicia de su mundo. Podremos darles alguna cantidad de oro o cualquier metal que sea apreciado en la Tierra. O lo que quiera de valor. Como ven, seremos generosos. Jason frunció el ceño.

—Están locos. O quizá me estoy volviendo yo. No comprendo nada. ¿Para qué nos necesitan a nosotros? Deben disponer de cientos de navegadores, que aunque no hayan viajado nunca a las estrellas pueden aprender fácilmente.

—Es cierto. Pero no queremos correr riesgos inútiles. Nuestro problema es el tiempo —explicó Vint—. Los más capacitados de nuestros hombres acostumbrados a viajar entre los mundos áridos de este sistema, precisarán meses para aprender a navegar en una nave estelar.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Jason.

—Eso es asunto nuestro. Si ustedes acceden a trabajar para

nosotros partiremos dentro de unos días, tan pronto como todo esté listo —aseguró el Regidor Imre.

—En vista de las mentiras que nos dijeron desde que llegaron, capitán, sometimos a sus hombres al interrogatorio —dijo Vint—. Manara nos describió detalladamente todos los problemas que requieren ser resueltos en su nave para alcanzar un mundo situado a doscientos años luz. Como ve no es una distancia excesiva para ustedes, ya que recorrieron esa distancia multiplicada por cien para llegar aquí desde

Althar IV

. Hemos estimado que sólo necesitaremos dos semanas para ir y regresar.

—¿Qué van a hacer allí?

—Eso no les interesa. Es posible que lo sepan cuando regresemos.

Jason miró a sus hombres, consultándoles con la mirada. Todos le respondieron en silencio de la forma que él conocía. Le dejaban actuar como mejor le pareciera.

—No cuenten con nosotros. No podrán usar las drogas para obligarnos porque saben que una mente mermada de facultades no puede pilotar una nave por el hiperespacio —replicó secamente Jason.

—Tenemos otros medios… que no llegamos a utilizar antes —dijo suavemente Vint.

—Seguro que podrán matarnos o hacernos picadillo —sonrió Jason—. Pero algo les pasa que tienen una necesidad de nuestra colaboración demasiado vital. Si nos liquidan ustedes perderán tanto como nosotros. —Esté seguro que lo haremos— silabeó Vint. —Estamos dispuestos a todo.

Mirya avanzó hacia Jason, le tomó las manos y dijo con ansiedad:

—Por favor, Jason, debéis hacer lo que os piden. ¿Qué podéis perder? Es cierto que hemos decidido dejaros en libertad cuando la misión esté cumplida. ¿No puedes creerme a mí?

—No lo sé —dijo Jason sonriendo con amargura—. Es posible que tus amables invitaciones te fueran impuestas por tus superiores.

—No puedes pensar eso.

—¿Tan buena actriz te crees? —Jason hablaba irónicamente—.

Es cierto que te portaste muy bien. Pero ése puede ser tu trabajo.

Jason detuvo justo a tiempo la mano de Mirya que se dirigía a su cara para abofetearle. Luego se volvió a los urrenitas, diciéndoles:

—No me gusta hacer nada que yo no conozca sus posibles consecuencias. Por lo tanto, si quieren nuestra colaboración tendrán que contárnoslo todo.

Hans y el Regidor se miraron alarmados. El primero dijo:

—Eso es imposible.

—¿Por qué? En ese caso olvídese de nosotros.

—Es que no podemos poner a nadie más al corriente si antes los demás jefes de gobierno y el Mando Central lo permite. Nadie puede ser incorporado a la Clase AA sin un minucioso procedimiento…

—Vamos, Presidente —masculló Vint—. No podemos andarnos ahora con legalidades. Si quiere atenerse a los reglamentos recuerde que éstos prohíben comunicar los secretos AA a un urrenita sin consulta previa con el Mando Central. Y esos hombres son terrestres.

—Sabe que ésa es una argucia oscura, Vint —protestó Hans.

—Pero válida en este caso —intervino Imre—. Si quiere yo me hago responsable. La restricción se hizo para no alarmar a la población de Urren. Y estoy seguro que los terrestres no podrán decir nada… ni querrán luego hacerlo.

—Está bien —suspiró Hans—. Adelante, Vint. ¿Está aquí Utberg?

—Aguarda en la otra habitación —dijo Vint—. Le hice venir porque pensé que íbamos a necesitarle.

—Entonces, hágale pasar —permitió Hans encogiéndose de hombros.

A una indicación suya, el coronel Cerny se dirigió a una cerrada puerta del fondo de la habitación y la abrió. Hizo una señal desde allí y se apartó.

El hombre que entró con pasos lentos atrajo la atención de Jason. Era alto y de edad madura, delgado. Su moreno rostro miraba por irnos ojos negros y tristes. Sus labios parecían condenados a dibujar constantemente un rictus amargo.

—Terrestres, les presento al comandante Utberg —dijo Hans—. Fue uno de nuestros más prestigiosos astronautas. Alcanzó hace

unos años el más alejado planeta de nuestro sistema solar. También fue el único superviviente de aquella expedición compuesta por diez navíos y cien hombres. En cierta manera creemos que él es quien debe contarles todo.

—¿Han accedido a ayudarnos voluntariamente? —preguntó Utberg a Hans Larssen. Su voz sonaba seca, como si le molestase hablar.

—Creo que sí; pero antes quieren saberlo todo.

—Tal vez sea mejor así —admitió Utberg—. No me gusta la colaboración forzada. Ya se lo dije antes.

—Aún no hemos dicho que haremos lo que desean —advirtió Jason.

—Lo harán. Sólo queremos que nos ayuden a destruir un mundo, a aniquilar una raza entera.

* * *

Jason sintió de igual forma que si hubiera recibido una descarga eléctrica. Medio se incorporó de su asiento, tratando de controlar su ira.

—Debí imaginarme algo asquerosamente parecido —escupió.

—Por favor, Jason. Antes de emitir juicio alguno debes escuchar a Utberg —rogó Mirya.

—Es usted muy exigente moralmente con los demás —sonrió Cerny—. Olvida pronto que está acusado de asesinato y perseguido.

Jason apretó los puños. Mirya, a su lado, le cogió la mano y se la acarició, susurrándole al oído que tuviese calma.

—Comience de una vez, Utberg —apremió Imre.

—No es grato para mí recordar aquellas fechas —murmuró el comandante—. Espero que ésta sea la última vez.

»Durante años, siglos, capitán Jason, quisimos regresar a las estrellas, salvar el aislamiento en que nos encontrábamos. Urren se había desarrollado mucho y formado naciones en sus continentes. Nuestros antepasados tuvieron guerras y la última larga paz que disfrutamos nos permitió dedicar nuestros esfuerzos a la conquista de los satélites y mundos cercanos como primer paso a los viajes estelares. Sólo hace dos décadas que llegamos a los satélites de Urren y en ellos hallamos los primeros indicios de que no estábamos solos. Éramos observados concienzudamente por una raza diabólica

e inhumana.

—¿Acaso la raza que tratan de aniquilar? —Se atrevió Jason a preguntar.

—Así es. ¿Verdad que es fácil de adivinarlo?

CAPÍTULO VI

—Ustedes no construyeron los aparatos que descubrimos ocultos en la luna Aramis —dijo Jeff nerviosamente.

—Desde luego que no —dijo Utberg—. Por suerte fueron prudentes y no los dañaron. Tan pronto como ustedes partieron de Aramis enviamos una nave para asegurarnos que seguían tal como estaban. Estaciones de observación como ésa existen a miles en todo el sistema planetario, en todos los planetas, lunas y asteroides. Cuando los primeros astronautas llegaron a Aramis no fueron tan cautos como ustedes y arrancaron la primera estación que descubrieron para traerla a Urren. Estaban contentos con tal descubrimiento. Al principio nuestros técnicos pensaron que se trataba de alguna vieja reliquia de los navegantes del Imperio que transportaron a nuestros antepasados a Urren. Entonces no sabían que en esa misma luna diminuta aún quedaban docenas de aparatos semejantes. Pero eso sólo lo supieron más tarde, cuando ya no había tiempo de rectificar.

»Los sabios que examinaron los aparatos traídos desde Aramis necesitaron pocas investigaciones para saber que aquello no estaban construido por hombres del viejo Imperio, ni siquiera por humanos. Con consternación se dieron cuenta que habían puesto en marcha un perfecto sistema de alarma. Por supuesto, se dieron órdenes de no destruir más de estas instalaciones cuando posteriores expediciones fueron hallando docenas de ellas. Aquello indujo a que los responsables pensaran que los aparatos pertenecían a una raza extraña, colocados mucho antes de nuestra llegada a Urren, que bien podía no existir ya, por lo que no había peligro alguno. Pero también cabía la hipótesis de que sus dueños ya habían sido avisados que los humanos habitantes de Urren habían conseguido después de siglos salir al espacio.

»Pasó el tiempo y al no tener ningún indicio de aproximación de

naves procedentes de otra galaxia, nos fuimos confiando. Habíamos visitado todos los planetas del sistema, excepto el más alejado. Alcanzarlo suponía experimentar nuevos sistemas de impulsión que debía conducirnos posteriormente a perfeccionar el medio para poder viajar a las estrellas superando la velocidad de la luz.

»Se formó la más grande expedición nunca realizada hasta entonces. Los diez mejores navíos, los más modernos, pilotados por cien hombres escogidos, partieron un día hacia el lejano punto de destino. Confiábamos en llegar a él en poco más que habíamos necesitado para alcanzar el mundo situado del nuestro a unos cien millones de kilómetros. Una distancia cien veces superior iba a ser salvada en sólo seis semanas. Nuestra ciencia interplanetaria avanzaba rápidamente.

»La flota llegó al gélido planeta sin incidentes importantes. Comenzamos a orbitar alrededor de él y esperando el momento en que dos de las naves debían posarse allí. Estábamos emocionados porque después de aquel cuerpo cubierto de hielos milenarios estaba el gran vacío que nos separaba de las estrellas.

»Yo iba al mando de una de las naves y fuimos los primeros en planetizar. La segunda nos siguió minutos después. Avisamos a las que orbitaban a cien mil kilómetros que todo marchaba bien y comenzamos los estudios geológicos. No confiábamos en obtener datos interesantes exceptuando los conocimientos estelares para un mayor conocimiento de las futuras rutas a las estrellas.

»Entonces aparecieron ellos.

El silencio que había en la habitación podía cortarse con un cuchillo cuando Utberg calló. Entonces pareció que las respiraciones se hicieron más fuertes. Jason miró al comandante y notó una creciente palidez en su moreno rostro.

Utberg aspiró hondo, como si precisara de un aire que sus pulmones no encontraban a pesar de la perfecta climatización.

—Todo ocurrió vertiginosamente —dijo con voz más ronca que antes—. Primero vimos estupefactos como nuestra flota que aguardaba estallaba ante nuestros ojos fijos en las pantallas. Una nave tras otra se convirtió en una bola incandescente que estuvo ardiendo insólitamente en el espacio carente de aire para poder hacerlo. Cuando aquella dramática escena acabó, los asesinos se presentaron ante nosotros. Eran docenas de naves extrañas, negras y

de forma tentacular. No brillaban ante el lejano sol y se posaron alrededor de las nuestras en silencio, como si flotaran.

»Estábamos desarmados y sin posibilidad de huir. Hubiéramos necesitado varias horas para preparar la partida. Y aunque todo hubiese estado listo para hacerlo habría sido una locura. Habíamos visto como las unidades que orbitaban fueron aniquilados sin esfuerzo alguno. Aquellos seres iban a por nosotros y tal vez hicieron aquella demostración de fuerza para que olvidásemos todo intento de huir.

»Pasaron las horas y todos aguardamos impacientes dentro de las naves. Me puse en contacto con los compañeros de la otra y cambiamos impresiones. Ellos estaban tan asustados como nosotros o más, puesto que desde que aparecieron aquellos aparatos negros estaban sintiendo como si algún poder extraño les estuviera escudriñando la mente.

»Mi compañero, balbuciente, me dijo que estaban recibiendo órdenes mentales de aquellos seres para ponerse los trajes espaciales e ir a las naves negras. Le dije que se negara y entonces se cortó la comunicación. Minutos después los vimos salir de la nave, caminar sobre el hielo en dirección a varias de las arañas o pulpos negros. Casi todos gritamos cuando vimos que el último de los tripulantes de la otra nave salía sin traje de protección y al instante caía congelado sobre la nieve, asfixiado. Dos de sus compañeros se volvieron para cogerle y lo arrastraron hasta la nave que al parecer les había sido designada.

»Aquello era más de lo que podíamos tolerar y dije a mis hombres que teníamos que marcharnos de allí, corriendo el riesgo de que nos disparasen con sus extrañas armas. Mejor volar por los aires que servir de conejillos de indias. Además, teníamos que intentar avisar a los nuestros de lo que estaba sucediendo.

»Sí, terrestres, los seres nos querían para experimentar con nosotros. Se habían adueñado de las mentes de los compañeros de la otra nave. Quisieron saber si un humano podía resistir el gélido frío y la carencia de atmósfera de aquel mundo helado y le obligaron a salir sin protección alguna. Luego ordenaron a dos de los muchachos a llevárselo para comprobar cómo había muerto.

»Desde hacía rato habíamos estado preparándolo todo para despegar. Íbamos a hacerlo cuando la poderosa fuerza mental que

se había adueñado de los otros urrenitas invadió mi nave. Yo tuve una extraña intuición y aprovechando mis últimas fuerzas me inyecté un sedante a grandes dosis que me hizo dormir de inmediato. Apenas tuve tiempo de ver a mis hombres ponerse los trajes de vacío y dirigirse a la salida. Pasaron por mi lado sin darse cuenta de nada. Ya no eran dueños de sus voluntades.

»No sé exactamente cuánto tiempo estuve inconsciente. Me desperté y la soledad de la nave me oprimió. Estuve vomitando largo rato. Cuando me recuperé sólo quise apartar de mí la diabólica pesadilla que me había atormentado mientras yacía sin sentido.

»En aquel estado de inanimación, terrestres, mi mente fue presa fácil para el flujo de comunicaciones extragalácticas de los seres. Ellos se comunican telepáticamente. Usan símbolos y representaciones a velocidad enorme. En una fracción de segundo pueden exponer una tesis que a nosotros por palabras nos llevaría horas y horas. Aún retenía algunos datos y nociones que entonces sólo me producían horror.

»Dejaré para luego explicarle lo que aprendí en las horas que permanecí inconsciente y los seres aún permanecieron en la superficie de aquél mundo. Gracias a mi estado no percibieron que aún quedaba un humano que se había librado de sus órdenes mentales. Encendí una pantalla y vi que se habían marchado. Busqué la otra nave y sólo encontré sus ruinas. Al parecer habían estado probando con ella sus armas o qué sé yo. Nuevamente había tenido suerte. Incomprensiblemente respetaron la mía.

»Traté de serenarme. Sabía que yo sólo no iba a poder regresar a Urren, pero tenía que intentarlo porque mis compatriotas tenían que saberlo todo.

Utberg se derrumbó en una silla y Mirya se levantó para ofrecerle unos comprimidos y un vaso de agua. Hans Larssen carraspeó y dijo:

—Encontramos la nave del comandante Utberg semanas más tarde a unos cincuenta millones de kilómetros. Fue una hazaña que consiguiera regresar. Pudimos localizarle porque radiaba constantemente en solicitud de ayuda. El estado en que se hallaba era lamentable. La fatiga al tener que realizar él solo el trabajo de diez hombres casi lo mató.

»Cuando se recuperó después de algunas semanas nos contó lo que había pasado y entonces añadió los confusos datos que recopiló durante el tiempo que permaneció inconsciente y su mente era fácil receptora para las comunicaciones de aquellos seres.

Utberg carraspeó. Volvía a parecer más sereno.

—Lo siento —dijo—. A veces me domina el pánico que sentí aquella vez. Con la ayuda de analizadores mentales y después de ser sometido a sueños hipnóticos, conseguimos trazar una línea de algo concreto de lo que mi mente captó subconscientemente.

»Naturalmente, algunas cosas son cosechas de hipótesis posteriores, pero estamos seguros de no habernos equivocado. Esos seres, que al parecer se denominan Artills, son los componentes de una de las razas más viejas de la Metagalaxia. Su planeta está situado a unos doscientos millones de años luz de Urren. Supieron nuestra existencia cuando los colonos se acababan de instalar y los transportes del Imperio se marcharon. Tal vez por eso nos dejaron en paz durante largo tiempo, porque nos observaron y comprobaron que apenas éramos unos cientos de miles de campesinos. Pero llenaron las lunas y planetas próximos de estaciones de vigilancia. Desde allí nos vigilaban para saber el momento en que seríamos capaces de navegar por el espacio.

»Nuestro primer gran contratiempo fue cuando la expedición que arribó en Aramis destruyó uno de aquellos aparatos. En seguida debió sonar la alarma y los artills se pusieron en acción. Es posible que desde entonces nos vigilasen con más atención, pero no intervinieron hasta que la expedición llegó al planeta más alejado del sistema solar.

»Allí, sabiendo que no podíamos recibir ayuda, nos utilizaron como cobayas para saber hasta qué grado éramos peligrosos. Probaron sus armas contra las indefensas naves que orbitaban. Capturaron a mis compañeros y debieron cortarlos a pedazos para saber cuán duros somos. Creo que los mataron a todos y a cada uno de forma distinta. Luego se llevaron pedazos de la otra nave a su mundo para analizar los metales y terminar de saber de nosotros cuanto les interesaba.

»Como los artills se comunicaron entre sí a velocidad vertiginosa, a veces incluso se pasan datos que fueron interesantes. Pero lo que yo averigüé entonces fue lo peor.

Mirando a los terrestres uno por uno, Utberg agregó:

—Los artills han decidido aniquilar a los humanos que vivimos en Urren, y ya tenemos poco tiempo para encontrar una solución.

* * *

—¿Por qué? ¿Por qué los artills quieren aniquilarles? —exclamó Jason—. Una raza suficientemente civilizada tal como parece que son ellos no pueden decidir una cosa semejante con tanta frialdad. Tenemos amplios datos de que el hombre ha encontrado seres de aspecto horrendo con sentimientos nobles y…

—Los artills tiene sus buenas razones para actuar así, capitán —dijo suavemente Imre.

Jason se volvió hacia el Regidor.

—No salgo de una sorpresa para otra, señores, pero lo último que podía esperar es escuchar una defensa aquí de esos seres —dijo.

—Para combatir a un enemigo fuerte y poderoso lo mejor es conocerlo ampliamente —sonrió Imre—. El comandante Utberg también averiguó los motivos que tienen los artills para querer nuestro aniquilamiento.

—Estoy ansioso por escucharlos.

—Los artills son una raza singular, capitán —dijo Utberg—. Me parece que es una de las más antiguas del Universo, pero terriblemente celosa de su aislamiento. No quiere entablar —y tal vez no pueda— relaciones con otros seres inteligentes. Parecen ser muy inteligentes y fuertes, dominadores de una elevada técnica. Pero, al mismo tiempo, padecen una marcada debilidad. Y de esa debilidad tenemos que valemos para acabar antes con ellos, sin darles tiempo a que hagan lo mismo con nosotros.

—¿Qué les pasa a esos seres?

—Han llegado a una plenitud tecnológica gracias a la cual han vencido todos los inconvenientes y gozado de los mayores dones que la ciencia puede proporcionar a una raza compuesta de miembros que siempre están de acuerdo ideológicamente. Una raza así sería la dominadora del Universo en poco tiempo. Y la raza Artills es, quizá, una de las más viejas. Ya era antigua cuando los hombres aún luchaban con piedras en la Tierra. Pero a causa de su marcada debilidad han tenido que abandonar desde hace milenios las ansias de expansión. Paradójicamente, una raza tan poderosa no

puede aspirar a colonizar otros mundos. Todo su afán fue dirigido para evitar ser exterminados. Eso empezó desde hace eones y así siguen, recelosos como nadie, temerosos de ser sorprendidos.

»Los artills, terrestres, viven durante un periodo de tiempo de unos quince o veinte años, según nuestros cálculos, pero duermen durante otro tanto, tan profundamente, que cualquiera podía apuñalarlos uno a uno sin que pudieran hacer nada para impedirlo.

CAPÍTULO VII

Jason Jacks estaba de guardia en la cabina de mandos del «Leviatán» cuando entró Mirya. Llevaba en las manos dos tazas de humeante café. Le dirigió al capitán la mejor de sus sonrisas y dijo:

—Pensé que si te hacía un poco de compañía puedo conseguir quitarte el gesto ceñudo que tienes desde que partimos de Urren.

—Te lo agradezco —replicó Jason secamente tomando la taza.

Mirya le besó en la mejilla y se sentó a su lado.

—¿Por qué estás tan preocupado? —le preguntó.

—Tranquila, cariño. No es contigo —trató Jason de sonreír—. Lo que me sorprende es verte a ti y los demás tan serenos.

Ella se encogió de hombros.

—Yo creo que incluso deberíamos estar saltando de alegría.

—¿Por qué?

—Desde que Utberg regresó a Urren y narró su terrible experiencia con los artills, y después de formarse el grupo de personas a las que se pusieron al tanto del secreto, que se denominó AA, hemos vivido horribles años de angustia, trabajando contra reloj en la nave que Manara encontró imperfecta. En ella estaban depositadas todas nuestras esperanzas. Cuando supimos que no servía para nuestros propósitos creo que todos los que estábamos en la luna Athos sentimos morir un poco. Aquello suponía no poder hacer nada, esperar resignadamente la llegada de los artills y ser destruidos.

—Desde luego era un pensamiento demoledor —admitió Jason.

—Entonces debes comprender que estemos contentos por tener aún una esperanza de sobrevivir. Vuestra llegada ha sido maravillosa. Si nuestras investigaciones para construir una nave estelar no iban correctamente encaminadas, lo que hubiera supuesto nuestra perdición, tu cooperación y la de los tuyos es providencial.

Jason movió la cabeza.

—De todas formas no es grato marchar a un mundo con la intención de destruirlo —dijo.

—No digas eso. Y menos a Utberg. Él vivió momentos horribles y su odio contra los artills es algo patológico que ha estado a punto de llevarlo a la locura.

—Sí, es posible. Lo tendré en cuenta. Pero aún tenemos que hacer muchas cosas. Me hubiera gustado haber retrasado la partida unos días más. Todo ha sido un poco precipitado.

—No podíamos perder más tiempo, Jason —protestó ella—. Dentro de algunas semanas terminará el período de sueño de los artills, despertarán y se pondrán en marcha para ir a nuestro sistema planetario y destruir hasta el último asteroide. No se limitarán a achicharrar Urren, sino los demás cuerpos celestes en donde supongan que algunos grupos pueden haberse refugiado.

—Ojalá no nos encontremos con alguna desagradable sorpresa al llegar al planeta Artill —rezongó Jason.

—Oh, no insistas en tus pensamientos pesimistas.

—Es lógico temer que los artills, siendo una raza durmiente durante un largo período de tiempo, dispongan de eficaces defensas para impedir que naves enemigas intenten atacarles mientras son inofensivos.

Una sombra de duda cruzó por los ojos de Mirya.

—Ya se sopesó eso. Nuestros conocimientos acerca de Artill se reduce a lo que la mente inconsciente de Utberg captó. No es mucho, pero nos debe bastar. ¿Qué podríamos averiguar más quedándonos unos días en Urren? Nada. No disponemos de más datos para suponer algún tipo de defensa que puedan tener los artills. Además, no estamos seguros si aún disponemos de algunas semanas para atacar o en estos momentos los artills están despertando ya. Hace casi diez años que la flotilla de Utberg fue aniquilada, y ése es el período de tiempo que pensamos es el que los artills duermen. En aquél momento no atacaron porque su ciclo de vela estaba expirando, teniendo que regresar a su mundo o bien quisieron terminar de recopilar datos acerca de nosotros para hacer más efectivo su plan de destrucción.

Jason pensó en las bombas de bismuto y termonucleares miniaturizadas que transportaban en la bodega de la nave, especialmente acondicionada con gruesos muros de plomo. El

sistema que iban a emplear para destruir el planeta Artill era rudimentario y trabajoso, pero eficiente. Les llevaría unos cinco días distribuir sobre la superficie de aquel mundo las bombas, alejarse y hacerlas estallar por control remoto. Artill se convertiría, gracias a la reacción en cadena, en un nuevo y pequeño sol que giraría alrededor de uno gigantesco y rojo.

Sin poderlo evitar se estremeció y sintió náuseas. Nadie, ninguna persona a bordo, sabía lo que iban a encontrarse en su punto de destino. Sólo tenían una intención y estaban dispuestos todos a llevarla a cabo: destruir un mundo, una extraña civilización ante sus ojos que amenazaba una evolucionada colonia descendiente de terrestres.

—Me pregunto cómo reaccionaría el Orden Estelar ante este caso —murmuró Jason después de tomar el último sorbo de café.

—Me has hablado mucho de esa organización paramilitar —sonrió Mirya—. Es difícil creer que sus miembros sean tan respetuosos de un código que se impusieron ellos mismos. Tal vez vosotros no os deis cuenta, pero no es más que una nueva forma de imperialismo.

Jason se encogió de hombros.

—Muchos políticos temen que con el tiempo los nobles ideales que llevaron a la fundación del Orden Estelar degenere hasta el punto de ser repudiado por los hombres libres. Pero por el momento la nivelación de poderes es eficaz y no se permite ninguna desviación al Orden Estelar en sus cometidos. No olvides que no pueden intervenir en ningún planeta que no desee su presencia. Nadie puede citar un caso en que el código haya sido infringido.

—Dime, ¿cómo piensas que actuarían los célebres miembros del Orden?

—Son gentes singulares, Mirya. A mí me estuvo persiguiendo una unidad durante muchos días. Un montón de hombres tras la pista de alguien acusado de asesinato. Y eso ocurrió porque Althar está bajo la protección del Orden. De haber ocurrido en un planeta no adherido a la organización no hubiera levantado un dedo contra mí aunque el «Leviatán» hubiese pasado a unas millas de su navío.

»Y respecto a tu pregunta, por lo poco que conozco de su código, me temo que en el Orden no habríais obtenido la ayuda que yo os estoy prestando.

Mirya le miró sorprendida y alarmada.

—¿Quieres decir que hubieran asistido fríamente al aniquilamiento de mi pueblo?

—No lo sé exactamente. Pero los patrulleros del Orden os habrían escuchado, hecho sus consultas y luego marcharían a Artill, pero sin animosidad de atacar. Creo que habrían intentado ponerse en contacto con los seres que allí habitan para conocer su versión de los hechos, saber si habían dicho la verdad. Suponiendo que los artills no les hubieran permitido intercambiar ideas, terminarían regresando a Urren.

—¿Nada más?

—No. Tal vez hubieran decidido pedir ayuda y otras naves patrulleras habrían llegado para defenderos si así vosotros lo solicitarais. Entonces habrían esperado la llegada de las fuerzas agresoras de Artill.

—Has querido decir que no nos hubieran creído, ¿no?

—Los miembros del Orden no sacan deducciones personales. Se limitan a aplicar las directrices de su código y obedecer órdenes superiores. Ellos no pueden atacar un mundo que inicialmente es inocente.

Mirya miró fijamente a Jason.

—Tú piensas como los hombres de esa organización.

Jason percibió el tono recriminatorio en las palabras de Mirya.

—No es así. Yo os creo, estoy firmemente convencido que estáis en peligro —dijo molesto—. Ya os dije en Urren, antes de partir, que si mis medios me lo hubieran permitido, si no estuviéramos tan alejados de los mundos controlados por el Orden, habría pedido ayuda. Antes que se cumpliera el plazo estarían aquí docenas de naves del Orden para ayudaros.

—No hubiera sido una buena ayuda —arguyó Mirya.

—Pero ellos disponen de mejores medios para poder salvar cualquier clase de defensa que puedan disponer los artills. ¿Qué tenemos nosotros? Mi nave no es muy grande y sólo pudieron vuestros técnicos instalar un pequeño láser en la proa, que apenas podremos disparar durante unos minutos si somos atacados. Nunca llevamos armas si exceptuamos media docena de pistolas energéticas. Somos una nave de contrabandistas, no mercenarios. Y la dotación extra de rifles que llevamos de poco nos pueden servir

contra proyectiles, cañones o lo que los artills tengan.

—Pareces arrepentido de haber aceptado —refunfuñó Mirya.

—Nunca me arrepiento de mis decisiones, pero sí me habría gustado disponer de más medios para triunfar.

—Cambiemos de tema. Aún no me has dicho qué harás cuando todo termine.

Jason abandonó su rostro preocupado y rió. Cogió la mano de Mirya y la obligó a sentarse sobre sus rodillas. La abrazó y besó.

—Sabes demasiado bien lo que haré. Ahora esta nave está condenadamente repleta de gente y no hay intimidad.

—Me refiero a tus proyectos. Jason torció el gesto.

—No lo he pensado demasiado bien. Es posible que los gobiernos de Urren accedan a volver a relacionarse con los planetas terrestres. Sí, creo que lo harán. Confío que me concedan una licencia para establecer una línea regular de pasaje y carga. Será un buen negocio.

—¿Olvidas que eres un proscrito de tu ley? —Sonrió Mirya.

—Tú lo has dicho. Lo soy de mi ley. Pero si me caso contigo puedo acceder a la nacionalidad urrenita, lo que impedirá que el Orden pueda poner su rígida mano encima de mí.

—¿Sólo por eso firmarías conmigo un contrato matrimonial? Estoy segura que lo romperías tan pronto supieras que estabas a salvo…

Jason tapó los labios de la muchacha con los suyos.

—No dices en serio eso —dijo.

La puerta de la cabina se abrió y escucharon un carraspeo.

—Lo siento, jefe, pero es la hora del relevo —dijo Gruber.

—Hola, Gruber —dijo Mirya levantándose como impulsada por un resorte.

—¿Se han despertado los demás? —preguntó Jason dejando su puesto a Gruber.

—Sí. Están desayunando. ¿Todo en sus límites, jefe?

—Sí. Dentro de un rato vendremos todos aquí. En unas horas tendremos a Artill a la vista de los telescopios, apenas salgamos del hiperespacio. Ya veremos si cabemos tantas personas en la cabina.

—Nadie querrá perderse el momento de ver por primera vez el mundo de los artills —rió Gruber.

—Sí, puede ser un espectáculo que puede no volver a repetirse

—asintió quedamente Jason.

* * *

—Ahí, está, señores —dijo Jason señalando la pantalla—. Bello e indefenso.

El regidor Imre, Yann Cerny, Vint Subak, Utberg, Mirya y los tripulantes del «Leviatán» miraron en silencio la imagen reflejada en la pantalla, conteniendo la respiración.

Artill era una hermosa esfera azulada con ribetes verdes, festoneada de nubes. Jason recordó la Tierra y pensó que también parecía un poco Urren. El planeta aparecía iluminado en alto grado de albedo captado del gigantesco sol rojo, imponente, que flotaba a ochocientos millones de kilómetros.

Artill era el único planeta con atmósfera de los siete que componían aquel sistema. Vint se atrevió a decir minutos antes que tal vez los artills habían acabado con la vida de ellos, milenios antes para evitar que ninguna otra raza surgiese en ellos que en un futuro lejano les representara algún peligro.

—Al presidente Larssen le hubiera gustado presenciar esto —comentó Imre visiblemente emocionado.

Jason sintió alegría de que su nave no permitiese a bordo demasiadas personas. Fueron muchos los miembros de la doble A que habían querido ir con ellos y tuvieron que ser rechazados por falta de espacio. Incluso se sentía molesto por la presencia de Vint, a quien consideraba como más fanático que el propio Utberg.

Manara manipuló en los mandos del telescopio electrónico y la imagen del planeta comenzó a agrandarse. Durante unos segundos la velocidad del acercamiento hizo que los colores compusieran una mezcolanza inidentificable. Cuando Manara anunció que aquél era el máximo alcance del telescopio, observaron los contornos definidos de un verde y ocre continente bañado por aguas azules.

—Es imposible aún distinguir ciudades. Si los artills tienen la costumbre de vivir en urbes no podemos ver nada en la zona iluminada ahora por el sol —dijo Jason—. Y no estamos en posición adecuada para explorar la zona de noche.

—¿Cuando descenderemos? —preguntó Vint Subak impaciente.

Jason torció el gesto.

—No debemos precipitarnos. Nos estamos acercando a velocidad

planetaria. Siguiendo esta trayectoria cruzaremos ~los límites atmosféricos dentro de cinco horas.

—¿No podríamos ir más rápidos?

—Claro que sí; pero yo aún considero que nos acercamos demasiado rápidamente, Mario. —Jason tocó la espalda de Manara.

—¿Qué, jefe?

—Quiero que el sistema de impulsión superlumínica esté preparado para sustituir al normal en cualquier momento. Gruber, vigila todos los detectores.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó Gruber soltando una maldición.

—No lo sé. Limítate a detectar algo que sea anormal. ¿Quién sabe lo que los artills pueden tener dispuesto para su defensa?

—¿Sigue pensando que existirá esa defensa?

—No acostumbro a menospreciar a mis contrarios, Imre.

—Bien, usted es quien manda en la nave —gruñó el Regidor.

Describiendo una órbita cada vez más cerrada, la nave se fue acercando al planeta. Apenas pasaron unos minutos y la distancia que les separaba era de unos trescientos mil kilómetros cuando Gruber alzó una mano para que todos estuvieran atentos.

—He detectado unas docenas de cuerpos. Están a unos cincuenta mil kilómetros. Por su posición creo que es algo artificial.

—Este planeta no tiene satélite alguno… a no ser que sea construido —dijo Jason.

—Es extraño, jefe. Su masa está creciendo y no hemos avanzado tanto para eso —murmuró Gruber empezando a sudar. Manejaba los lectores rápidamente, sabiendo que una distracción de un segundo podía ser mortal—. Están surgiendo decenas de señales más.

—Esos satélites artificiales o lo que sean están disparándonos —dijo Jason—. Deben ser proyectiles y eso es una suerte para nosotros. Nos enfrentamos con algo que podemos descubrir. ¡Mario!

El navegador saltó en el asiento al escuchar su nombre.

Instintivamente, Mario sólo tuvo que mirar a su jefe para comprender lo que él quería que hiciera. En la pantalla Artill desapareció y ocupó su lugar la neblina característica del hiperespacio.

—¿Qué ha pasado, capitán? —preguntó Utberg.

—Hemos escapado justo a tiempo. Los proyectiles que nos lanzaron los satélites artills nos hubieran alcanzado en unos segundos. Ahora estamos en el hiperespacio, a unos dos millones de kilómetros. Esperemos que esos seres no hayan desarrollado una técnica capaz de seguir una nave hasta aquí.

Muy pálido, Vint Subak se incorporó.

—¿Qué significa esto?

—Que, como me temía, los artills velan su sueño.

—¿Es que no vamos a poder descender?

—Me temo que no —Jason movió la cabeza—. Pero lo intentaremos de nuevo. Regresaremos al otro lado del planeta, aunque no tengo la menor confianza que allí las defensas no sean iguales.

CAPÍTULO VIII

Lo habían intentado tres veces más, cosechando otros tantos fracasos.

La desolación en la cabina de mando era patente. Los urrenitas se hallaban completamente abatidos.

—Bueno, lo que hemos visto parece querer gritarnos que regresemos —suspiró Jason—. Cuando estábamos en Urren ya sugerí que debíamos destruir Artill bombardeándolo desde distancia, pero ahora comprendo que eso tampoco hubiera resultado. Para esos satélites armados hasta los dientes es un juego de niños destruir en el espacio los proyectiles que se lancen contra el planeta.

—No podemos regresar sin haber cumplido con la misión que nos ha traído aquí —bramó Vint Subak.

—¿No? —gritó Jason—. ¿Qué hacemos entonces? ¿Quedarnos aquí?

—¿Es que podemos volver sabiendo que días después lo harán los artills para destruir nuestra civilización?

Jason comprendía el estado de ánimo de cualquiera de los urrenitas. No se sintió con fuerzas para responder.

—Hasta el momento hemos silenciado a la población de Urren el peligro que nos amenaza —dijo Imre, quien parecía ser el que conservaba mejor la calma—. Pero existe un buen número de personas que nos vieron partir llenas de esperanzas. No sabría qué decirles al volver a enfrentarme con ellos.

—Espero sugerencias —dijo lentamente Jason.

Después de un instante de silencio, Vint dijo:

—Aún podemos intentar algo.

—Pues dígalo —apremió Jason.

—Podemos burlar las defensas acercándonos por el hiperespacio y salir de él sólo cuando nos encontremos a una distancia de unos

diez o veinte mil kilómetros. A esa altura de la superficie no pueden haber sistemas defensivos de ninguna clase.

Jason soltó una carcajada y sus hombres se miraron confusos, como si no creyesen en la veracidad de las palabras de Vint.

Vint se puso colorado e Imre inquirió:

—¿Qué les ocurre? Una vez rebasado los satélites quizá no debamos temer a nada. Esos dispositivos sólo deben estar vigilando el espacio exterior. Es imposible que dirijan sus sistemas de detención hacia lo que ellos defienden.

—En esto es casi seguro que tenga razón, a no ser que desde la superficie exista una segunda línea defensiva que no podemos imaginar lo que sea. Pero olvidan algo muy importante.

—¿Qué es? —preguntó Vint secamente.

—Esta nave es sólo un mercante utilizado para el contrabando —dijo Jason muy suave y lentamente—. No está capacitada para hacer lo que usted sugiere, Vint.

—He trabajado muchos años con otros colegas para desarrollar una nave estelar que, básicamente, se funda en los principios que impulsa su nave, capitán. Siempre hemos creído que podría hacerse algo semejante.

—Es muy peligroso. Algunas naves muy modernas, y casi todas pertenecientes al Orden o los Ejércitos, están capacitadas. Pero ésta, no. Lo siento.

—¿Pero podría intentarse? —intervino Mirya.

—Claro que sí, pero las posibilidades de éxito son casi inexistentes. Se precisa una coordinación electrónica con datos suministrados en plena acción por un computador. Y nosotros no tenemos a bordo nada de eso.

—¿Qué porcentaje de éxito tendríamos? —preguntó Vint.

—Eh, un momento. No se entusiasme. Apenas dispondríamos de un cero coma cinco por ciento de conseguirlo. Si no deciden otra cosa, señores, lamento decirles que es hora de regresar a Urren. Confío que luego allí nos dejen marchar si no se les ocurre un sistema de salvar las defensas. Tal vez aún tengamos tiempo de volver. Pero, les repito, aquí nada tenemos que hacer. Mario, prepara las coordenadas para la vuelta.

—Nadie regresará a Urren, capitán —tronó la voz de Vint.

Jason se volvió furioso y abrió la boca estupefacto al ver que

aquel hombre le apuntaba con un láser. Manara olvidó por un instante sus aparatos y los otros dos terrestres tuvieron que ser contenidos con un enérgico ademán de su jefe para no arrojarse contra el urrenita.

—Dígale a ese loco que suelte el arma —dijo Jason al regidor Imre.

—Lo siento, capitán —respondió Imre encogiéndose de hombros.

Jason miró a Mirya, que bajó la mirada. Pese a su irritación, comprendía que la muchacha se debatía entre sus sentimientos hacia él y los deseos latentes por salvar su planeta del fin que ya parecía irremediable.

Utberg asistía tranquilamente a la escena y el coronel Yann incluso estaba empuñando el arma que pendía de su cinturón.

—Están locos —escupió Jason—. Con esto sólo conseguirán que nos maten a todos.

—Es posible; pero tenemos que apurar esa pequeña posibilidad. Un cero coma cinco por ciento, ¿no? Pues si para usted ese margen es ridículo, para nosotros representa aún una esperanza.

—No tienen derecho a llevarnos a una muerte segura… —gritó Manara.

—Es posible —dijo tristemente Imre—. Y les aseguro que si pudiéramos prescindiríamos de ustedes. Sabemos que este asunto no es de su incumbencia.

—Pues entonces regresemos a Urren —intervino Gruber—, tomen allí una tripulación capaz de suicidarse e inténtenlo ustedes solos.

—Lo haríamos si tuviéramos tiempo —dijo Vint—. Pero nos llevaría bastante tiempo preparar a los voluntarios. No insistan. Tenemos que hacerlo ahora. No pierdan más horas en discusiones.

—No puedo obligar a mis hombres. Ellos sólo trabajan para mí como tripulantes. No son soldados —dijo Jason.

—Les juro que estamos dispuestos a todo —sentenció Vint moviendo su arma en semicírculo y abarcando a los terrestres—. Quiero decir que los mataré uno a uno si se niegan.

—Ninguno de ustedes sabe gobernar esta nave —rió Manara nerviosamente—. Se quedarán aquí hasta morir de hambre.

—Seguro que sí. Eso ya lo sé. Pero aún disponen ustedes de un pequeño margen de salvación si siguen nuestras indicaciones.

Jason miró a sus hombres. Trató de sonreír. Morbosamente él comenzaba a sentir el deseo de probar fortuna. De todas formas se trataba de salvar un planeta humano, teniendo que aniquilar para ello una raza despiadada. Y tal vez el margen de seguridad no fuese tan reducido.

—¿Qué deciden ustedes? —preguntó—. Para esto no puedo darles órdenes. Deberán aceptar voluntariamente.

Jeff se alzó de hombros, Mario gruñó y asintió. Gruber dijo:

—De acuerdo. Ojalá salgamos con vida. Y le juro, Vint, que le aplastaré la cara a puñetazos entonces.

—Es posible que yo le deje hacerlo. Será una recompensa bien ganada —dijo Vint secándose el sudor con el dorso de la mano.

Jason resopló.

—Bueno entonces vamos allá. Manara, procura calcularlo todo lo mejor que puedas.

—Maldita sea, nunca intenté hacer nada parecido —gruñó el navegador.

Jason vio de soslayo que Yann se había situado junto a la puerta y seguía vigilándoles, mientras que Vint se apartaba del grupo para cuchichear con Utberg.

—Gracias, Jason —dijo Mirya acercándose.

—No me las des. Somos unos voluntarios con muy poco entusiasmo.

—Estoy segura que sólo pensabas en tus hombres. Tú sí lo habrías hecho de haber podido manejar la nave solo.

Jason arrugó el ceño. No quiso contestar y se sentó al lado de Manara. El chico iba a necesitar toda clase de ayuda para terminar de establecer las coordenadas con anticipación.

El «Leviatán» estaba a unos dos millones de kilómetros de Artill y Manara dijo a su jefe que estaba intentando comprobar si de un solo trayecto por el hiperespacio podría situar la nave a una altura de ocho mil kilómetros de la superficie del planeta.

—Me parece poco, pero debemos pensar que puedan existir satélites más bajos que los que nos repelieron —admitió Jason.

—Y luego a esperar nuevas sorpresas —rezongó Manara.

—¿Qué más podemos esperar, capitán? —preguntó Jeff.

—Yo qué sé. Naves automáticas, artillería robot, etcétera. Todo.

—Vaya panorama… —empezó a decir Mario y se calló

súbitamente porque una luz roja comenzó a parpadear sobre los lectores del sistema de detección—. Por los soles quemados —exclamó el navegador—. Debimos imaginarnos algo parecido.

Los urrenitas estaban pendientes de lo que hacían los terrestres y se aproximaron. Imre preguntó:

—¿Qué sucede?

—Algo que debería alegrarnos muy poco —contestó Jason—. Un objeto acaba de aparecer a unos veinte mil kilómetros de nosotros. Por la forma tan rápida que lo hemos detectado indica que hasta hace unos segundos se nos acercó a través del hiperespacio.

—Seguramente es un proyectil que nos envían los artills —dijo Gruber roncamente—. Hemos estado molestando sus defensas demasiado con tantos intentos de penetración. Vieron que burlamos sus misiles convencionales y nos han enviado uno capaz de seguirnos por el hiperespacio. Es algo nuevo…

—Silencio —dijo Jason—. Por el tamaño no puede ser un proyectil.

—Efectivamente —corroboró Manara—. Tiene que tratarse de una nave enorme. Esperemos a tener los datos de sus dimensiones.

Prestó atención a la tarjeta que salía de una ranura y leyó los datos taladrados. Mientras lo hacía, Jason vio que los indicadores del comunicador insistían. Alguien quería ponerse en contacto con ellos. Pensó que ya sabía lo que estaba pasando y no supo si tenía que alegrarse p no. No le cogió de sorpresa la información de Mario, que dijo precipitadamente:

—Parece ser una nave patrullera del Orden, jefe. Ya sabe a lo que me refiero, a una de esas unidades enormes, esféricas…

—Las conozco —suspiró Jason—. Y su comandante debe estar cansándose mucho para establecer comunicación audiovisual.

Vint se abrió paso.

—¿Una nave terrestre? ¿Cómo es posible que haya llegado hasta aquí?

—¿Ya olvidó que me estaban persiguiendo? —dijo Jason—. Esos patrulleros del Orden son condenadamente tercos. Debieron seguir el rastro de esta nave gracias a sus sensibles captadores de la energía que soltamos. Dicen que incluso por el hiperespacio son eficaces. No lo creía, pero ahora tengo la oportunidad de comprobarlo.

—¿Es que va a permitir que le apresen? —preguntó asustado Imre.

—Gracias por su interés. Pero no tendríamos la menor oportunidad de huir por el hiperespacio. Si la patrulla intuyese que íbamos a huir a velocidad superlumínica nos destruirían en una décima de segundo.

Jason tomó el micrófono y movió la palanca, estableciendo la comunicación.

—Habla el capitán Jason, del «Leviatán». Espero instrucciones, patrullero.

La pequeña pantalla de comunicación se iluminó y apareció el serio rostro de un oficial del Orden, enfundado en su uniforme negro y plata. Por un breve instante pareció que iba a sonreír satisfecho. Pero el hermetismo de su rostro no se alteró al ver que estaba frente al hombre que debía estar buscando desde hacía varias semanas.

—Soy el comandante Palmer, de la unidad patrullera HJU-877 del Orden Estelar, Jefatura de Althar IV. Celebro verle, capitán Jason Jacks. Me ha dado usted mucho trabajo.

—Es una pequeña satisfacción —dijo Jason—. Pero no debió molestarse tanto.

—¿Puedo sugerirle que mantenga su nave al pairo mientras nos acercamos para introducirla a bordo?

—Por supuesto. Será un placer ser su invitado —Jason no tenía otro recurso que la ironía. Quería demostrar ante todos que sabía perder cuando llegaba la hora, aunque en su interior buscase afanosamente algún medio de burlar de nuevo a aquel tenaz patrullero.

—Perfecto. Mientras mis hombres realizan la maniobra puedo decirle que tengo algo muy importante que comunicarle.

—Me lo figuro. Comandante…

—¿Sí?

—¿Merecía la pena que toda una unidad del Orden perdiese tanto tiempo y energía en buscarnos?

—Yo creo que sí —rió el comandante—. Y usted también

pensará lo mismo.

—Lo dudo.

—Capitán, ¿por qué prolongó tanto su huida, hasta estos espacios aún inexplorados? ¿Olvidó que es peligroso aventurarse por zonas desiertas?

—Tuvimos una avería. Desearía entrevistarme con usted tan pronto estemos a bordo de su nave.

—Desde luego. ¿Tiene que decirme algo especial?

—Creo que sí —Jason se sonrió interiormente. Lo que pensaba decirle al comandante Palmer iba a ponerle en un aprieto. Sería una especie de venganza traspasarle a él una responsabilidad tan grande como la que había estado asumiendo hasta entonces—. Quiero presentarles a unos amigos.

—Ya conozco a sus hombres.

—No se trata de ellos. Tengo a bordo unos humanos que viven en un planeta que fue colonia del Imperio, un mundo olvidado del que en la Tierra ya nadie se acuerda.

Palmer no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Esto es interesante.

—Claro que sí. Conmigo está uno de sus más altos líderes. Me ha estado indicando por señas que espera cierta clase de ayuda de usted y del Orden Estelar. El regidor Imre tiene que decirle algo.

—¿No tratará usted de buscar alguna argucia, Jason? —preguntó Palmer arrugando el ceño.

—Oh, no. Se lo prometo. Una última indicación. No tenga tanta prisa por volver, comandante. No ordene una partida inmediata apenas mi nave esté dentro de la suya. Me temo que aún tendremos que permanecer algún tiempo por estos espacios.

En aquel momento escucharon sonidos metálicos en la estructura externa de la nave. Los anclajes de la unidad del Orden estaban tirando del «Leviatán» hacia uno de sus hangares.

Antes de cortar la comunicación con Palmer, Jason dijo sonriente:

—Nos veremos dentro de unos instantes.

CAPÍTULO IX

El comandante Palmer había experimentado durante su larga carrera como patrullero muchas situaciones singulares, extrañas… y peligrosas. Había dialogado, discutido, amenazado y combatido en diversas zonas del espacio estelar y planetas de todas índoles de sociedades humanas o no. Pero en todas ellas siempre se había sentido respaldado por su organización y las decisiones de sus superiores en último caso cuando solicitaba a éstos instrucciones.

Ahora el caso era totalmente distinto. Se encontraba a millones de parsecs de la Tierra y sin medios posibles de comunicarse con ella debido a la larga distancia y ausencia de enlaces intermedios.

Lo que había escuchado era suficiente para hacer encanecer a un comandante de una unidad del Orden Estelar en unos segundos.

Después de escuchar aquel relato meditó unos instantes y solicitó a los tripulantes del «Leviatán» y los urrenitas permiso para someterlos al detector de mentiras. Soportó impertérrito las protestas de los habitantes de Urren, hasta que terminaron por acceder. Una hora más tarde, cuando tuvo entre sus manos los resultados del interrogatorio llevado a cabo por uno de sus ayudantes, hubiera deseado haberse enfrentado a un montón de mentirosos.

Pero aquellos hombres decían la verdad, al menos en lo referente al peligro en que se encontraba Urren.

Hacía unos minutos ordenó que aquellas personas volviesen a entrar en su despacho, haciéndolas sentar delante de su mesa. Sus dos ayudantes adjuntos permanecieron un poco apartados, esperando sus instrucciones.

Carraspeó y cruzó los dedos de sus manos. Después de mirar los rostros evidentemente expectantes que tenía delante, dijo:

—Les ruego que me disculpen por haber dudado de sus palabras, señores. Confío que comprenderán mi situación. Tenía que

asegurarme que decían la verdad.

—Esperamos olvidar este incidente pronto, comandante —dijo el regidor Imre un poco envarado, aunque satisfecho por escuchar las excusas—. Como jefe de gobierno de…

—Por favor, regidor —exclamó Vint—. Deje al comandante hablar. Ahora ya no tiene importancia el interrogatorio. Hay cosas más vitales.

—Es cierto —admitió Palmer—. Les decía que estoy seguro que todos ustedes son honestos, creen sinceramente que su planeta está amenazado seriamente…

Estirándose en su sillón, Imre interrumpió:

—¿Ahora insinúa que estamos equivocados?

Palmer hizo una mueca y dijo con marcado disgusto en el tono de su voz:

—Es mi deber. Soy libre de pensar que ustedes han llegado a conclusiones erróneas, aunque basaron sus evidencias en lógicos fundamentos. Tal vez en su caso yo hubiera llegado al mismo fin.

—¿Qué sugiere entonces, comandante? —preguntó Jason, fulminando con la mirada al regidor.

—Usted, como civil, capitán Jason, era libre de actuar como lo estaba haciendo en ayuda de los urrenitas. Pero mi caso es distinto. Yo tengo que atenerme a unas hormas. Los primeros contactos con los mundos olvidados después de la caída del Imperio son difíciles siempre. Por lo tanto, este caso tiene una complicación mucho mayor. Existe un corto margen de tiempo para intentar salvar lo que ustedes llaman un asesinato en masa de una población humana. Pero para lograrlo, según su criterio, hay que destruir otra raza, no humana pero sí inteligente y civilizada…

—Lo siento, comandante —dijo Utberg—. No estoy de acuerdo. Los artills no son civilizados. Destruyen sin emociones ni piedad a cuantos, para su mente enferma y recelosa, se les antoja como un problemático peligro. No esperan a averiguar si la raza que descubren, pujante y comenzando a conquistar el espacio, piensa convertirse en una amenaza para ellos o no. Simplemente, deciden quitarla de en medio.

—Sin querer ser abogado defensor de los Artills, su peculiar forma de vivir, con períodos de diez años de sueño durante los cuales están indefensos, les hace merecedor, al menos, de un

estudio más detenido.

—Yo asistí mentalmente al descuartizamiento de mis compañeros de expedición. Si logramos descender en ese maldito planeta tal vez tengamos la suerte de hallar sus cuerpos expuestos en algún horrendo museo, donde los artills deben colocar una representación de las razas que destruyen —escupió Utberg.

—No se ponga melodramático, señor Utberg —dijo Palmer—. Ni tampoco perdamos la serenidad. Al menos podré complacerle algo. Ordenaré un descenso en Artill.

—¿Destruirá antes las defensas para conseguirlo? —preguntó el coronel Yann alzando una ceja, y pensando que le agradaría mucho presenciar una actuación bélica de aquella gigantesca nave de guerra.

—Nada de eso —sonrió Palmer—. Lo que iba a hacer el capitán Jason con gran riesgo lo podemos realizar nosotros fácilmente.

Los urrenitas suspiraron aliviados y cuchichearon entre sí animadamente. Los terrestres, en cambio, se limitaron a mirarse los unos a los otros. Ellos conocían bien la forma de proceder de las patrullas del Orden y sabían que no podían esperar del comandante Palmer una acción parecida a la que deseaban los hombres de Urren.

Palmer llamó a sus ayudantes y durante varios minutos estuvo conversando con ellos. Las instrucciones debieron ser detalladas, ya que éstos insistieron ante su jefe en la aclaración de algunos puntos. Luego se marcharon del despachó a toda prisa.

Vint Subak se aproximó a Jason y le hizo una pregunta al oído. Jason se movió nervioso en su asiento y le respondió concisamente.

—Comandante Palmer —dijo Subak acercándose a la mesa—. Tengo entendido que sus normas le privan de ciertas libertades de actuación, ¿no es así?

—No le entiendo del todo, señor Subak.

—Quiero decir que a nosotros nos bastaría que nos dejase en la superficie de Artill. Con la nave del capitán Jason podemos ir colocando en los puntos precisos las bombas y… En fin, que usted y su organización no tendría nada que ver…

—¿Quiere darme a entender que de esta forma mi conciencia quedaría tranquila? —El rostro de Palmer se tornó rojo—. Usted podría hacerlo, Subak. Pero yo no puedo permitirlo.

—Debe entender que…

—No precipitemos las cosas. De momento haremos una exploración de Artill. Nada más. Luego les comunicaré lo que yo decida. Y ojalá sea verdad que esa raza esté durmiendo y no nos encontremos con otras dificultades. Eso es todo, señores. Un ordenanza les conducirá a una estancia en donde esperarán instrucciones.

—Quisiéramos bajar de la nave cuando descendamos, comandante —pidió el regidor.

—Lo encuentro lógico. Puedo complacerles en eso.

* * *

El comandante pidió a Jason que le acompañara al puesto de mando.

—Deseo tenerle a mi lado y conversar con usted mientras nos aproximamos —dijo.

Jason asintió, complacido. Nunca había estado en una nave del Orden. Siguió a Palmer a través de diversos pasillos y ascensores hasta el centro neurálgico de la unidad. Un par de docenas de navegadores atendían los instrumentos, computadoras y lectores.

Tomaron asiento en el atrio y observaron en silencio el trabajo eficiente de aquellos hombres que se movían en silencio y de forma mecánica.

—Acabamos de entrar en el hiperespacio, capitán —explicó Palmer señalando una de las grandes pantallas en la cual se reflejaba la polícroma masa cambiante—. Tardaremos unos minutos en recorrer la distancia que nos separa de la superficie del planeta. Hemos previsto una salida de la velocidad superlumínica a unos cinco mil metros de la superficie, a distancia muy próxima de la mayor urbe localizada en el hemisferio cercano.

—¿Entonces esos seres disponen de concentraciones urbanas? —preguntó Jason.

—Sí. Nuestros telescopios han escudriñado toda la superficie del planeta. Incluso hemos enviado varias pequeñas naves con cámaras de televisión para inspeccionar el otro lado. Esos datos los recogeremos antes de marcharnos. Pero por el momento disponemos de suficiente información.

—¿Qué saben de las defensas?

—Confiamos que no hayan más que ese enjambre de satélites artificiales que ya conocen ustedes —sonrió Palmer—. ¿Puedo preguntarle algo, capitán, que no constaba en el formulario que le hicieron cuando estaba bajo la máquina de la verdad?

—¿Por qué no?

—¿Qué motivos le impulsaron a ayudar a estas gentes? ¿Riquezas tal vez?

Jason hizo un gesto ambiguo.

—No me creerá. Digamos que lo intenté porque nos amenazaron con matarnos si nos negábamos. Pero también nos ofrecieron oro y otras cosas si escapábamos con vida.

—Me parece que eso no es todo.

—Es usted demasiado listo, comandante —Jason frunció el ceño profundamente—. Me temo que también ha influido mucho el haberme enamorado como un colegial de la delegado Mirya. Esos urrenitas no conocen nada de mi nave. En una de las ocasiones que intenté burlar las defensas pude haberlo preparado todo para hacer que el «Leviatán» marchara en otra dirección opuesta. Luego no tenía nada más de alegar que el navegador automático estaba estropeado. Después se me hubiera ocurrido algo para desarmar a esos locos de Vint y Cerny. Pero pensé en Mirya y decidí jugármelo todo. Con sutileza interrogué a mis hombres y supe que ellos estaban de acuerdo al correr el riesgo.

—Fue un riesgo total. Ustedes nunca hubieran conseguido con esa pequeña nave lo que para nosotros será un juego de niños.

—Me pregunto una cosa, comandante. Es decir, me lo he preguntado desde que estamos en su nave.

—¿Qué es ello?

—¿Cómo es que no me han encerrado? Palmer cerró los ojos y rió.

—Con toda esta precipitación olvidé comunicarle el verdadero motivo de haberle seguido hasta aquí, Jason. El comerciante con el que trató en Althar fue quien ordenó la muerte de aquel hombre, para acusarle a usted y quedarse con la mercancía y el dinero que ya había pagado. Pero cometió un error y confesó. Hace unos días, cuando estaba dispuesto a regresar, cansado de seguirle a tan enorme distancia, y aunque mis aparatos aún captaban su rastro, recibí el comunicado que le libraba de toda culpa.

Jason miró sorprendido a aquel desconcertante hombre.

—¿Estaba dispuesto a dejar la persecución cuando me consideraba culpable y al saber que era inocente la reanudó para decírmelo?

—Así es.

Jason cruzó los brazos sobre el pecho y exhaló un suspiro.

—Nunca entenderé el código de los miembros del Orden.

—Es sencillo. Yo debo seguir a un presunto criminal hasta ciertos límites, según el grado de su culpabilidad. Pero al saber que no era usted culpable mi deber era hacer todo lo posible para que se enterase. No es humano dejar que unos hombres huyan por el espacio creyéndose perseguidos. Su error fue huir, capitán.

—Se lo diré todo a Mirya tan pronto vuelva a verla. Y a Vint también, pero acompañado de un puñetazo.

Palmer recabó su atención, diciendo:

—Estamos a punto de alcanzar nuestro objetivo.

Jason se agarró a los brazos de su sillón al mismo tiempo que las luces del puente dejaban de ser blancas y amarillas para tornarse levemente rojizas.

La pantalla principal dejó de mostrar el extraño hiperespacio. Se encendieron las demás y Jason prestó atención a la que mostraba el paisaje sobre el que estaban descendiendo. Cuando estuvieron a pocos metros del suelo y la nave bajando a un metro por segundo, pasó a la que captaba la derecha. En esta pantalla aparecieron los arrabales de una extraña urbe.

—Bien —dijo Palmer incorporándose del sillón—. Parece que hemos podido llegar sin novedad. Si la lógica de nuestra civilización sirve para este planeta, en esa ciudad debe estar el gobierno o lo que dicte las órdenes en Artill.

»Entonces debemos presentarle nuestros respetos —sonrió Jason empezando a caminar tras los pasos de Palmer, sin dejar de observar la gran pantalla.

CAPÍTULO X

Las naves robots que se enviaron a sobrevolar la ciudad regresaron media hora más tarde después de enviar miles de fotografías y datos. Otras unidades automáticas más pequeñas partieron de la nave patrullera para cubrir otras áreas más lejanas. Cuando estaban a una distancia aproximada de cien kilómetros transmitieron imágenes de otras ciudades más pequeñas, así como de complejos industriales y agrícolas.

El comandante Palmer había permitido que los urrenitas y los tres hombres de Jason se reunieran en una sala aneja al puente de mando donde una docena de técnicos seleccionaban los datos más importantes que obtenían para servírselos a Palmer.

—Es un mundo tipo tierra. El aire es totalmente respirable y no hallamos la presencia de microorganismos letales para nosotros —dijo Palmer dirigiéndose al grupo de los que podían ya titularse como invitados.

—¿Qué sabe de los artills? —preguntó ansiosamente Vint Subak.

Palmer movió la cabeza negativamente.

—Ni rastro de ellos. No se ve un alma viviente. ¿Comprenden? Nada.

—¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo. Al parecer no existe ningún animal. Ni siquiera pájaros. Es muy extraño.

—Puede resultar lógico —intervino Jeff Zarit—. Se trata de un planeta viejo, con una raza con miles de años de evolución. En la Tierra apenas quedan algunos cientos de animales y pájaros de cada especie en cotos especiales.

—Dejemos esto, que puede carecer de importancia —dijo Vint —. Lo interesante es que las deducciones logradas a través de los informes de Utberg son correctas. Hemos llegado a Artill durante el período de sueño de sus habitantes. Por lo tanto, comandante

Palmer, el peligro contra Urren es verídico. ¿Qué dice ahora?

—Aún considero pronto para emitir una decisión —dijo Palmer después de meditar la respuesta unos segundos—. A un paso tenemos una ciudad, que pienso explorar.

—Nosotros iremos con usted —dijo firmemente Vint.

—Es peligroso. No sabemos lo que podemos encontrar en ella. ¿No piensa que deben existir robots que cuiden de la limpieza de las calles y edificios mientras sus amos duermen? Debe existir algo parecido, que al descubrirnos nos consideren como intrusos y traten de atacarnos.

—Ya lo discutimos nosotros antes de venir aquí, comandante —dijo el regidor—. Los consideramos con cierto derecho a formar parte del grupo explorador.

—De acuerdo. Ustedes son los dueños de sus vidas. Pero deberán atenerse a mis órdenes, y yo actuaré sobre ustedes como si pertenecieran a mi tripulación.

Los urrenitas asintieron y Palmer preguntó a los tripulantes del «Leviatán» si también querían bajar a la ciudad. Todos respondieron afirmativamente.

—De acuerdo. Ordenaré que dispongan una plataforma de exploración. Un pelotón armado nos acompañará. Partiremos dentro de veinte minutos. En ese tiempo los especialistas terminarán de redactar un plano de la ciudad con los lugares que parezcan más importantes, según la estructura de sus edificios.

Palmer salió de la sala y Mirya preguntó a Jason:

—Me alegro de la forma que están pasando las cosas.

—¿Por qué?

—Antes toda la responsabilidad caía sobre ti. Ahora será el comandante Palmer quien deberá decidir.

—Así es. Y dudo que lo que él decida sea del agrado de tus compatriotas.

—La Tierra no puede consentir la destrucción de un planeta humano, descendiente de terrestres.

—Os habéis obsesionado con la idea de que para salvar a Urren es preciso destruir Artill —dijo Jason moviendo la cabeza—. ¿No habéis pensado que pueden existir otros medios menos drásticos?

—No creo que los haya.

—Eso podía ser antes, cuando sólo teníais mi nave. Pero ahora

es distinto. Después de hablar con Palmer creo adivinar lo que él piensa hacer.

Mirya enarcó una ceja interrogadoramente, aguardando una explicación.

—Oh, ahora no quisiera anticipar nada. Podrías mal interpretar mis palabras —dijo Jason tomándola por la cintura—. Tengo algo más agradable que decirte. Palmer me ha comunicado que no me seguía para apresarme, sino para que supiese que en
Althar IV
ya saben quién mató a aquel hombre. Soy inocente y libre de regresar a los mundos que desee.

El rostro de Mirya pareció entristecerse.

—Lo celebro por ti —dijo quedamente.

—Alegra esa cara. Caramba, parece haberte caído mal la noticia. ¿Puedo saber por qué?

—Sinceramente, pensaba que al no poder regresar a la Tierra u otros planetas bajo autoridad del Orden, decidirías quedarte en Urren. Lo siento, pero calculé egoístamente.

Jason rió y estrechó a la muchacha, besándola.

—Claro que deseo volver, pero ¿no comprendes que será muy fácil para ti venir conmigo? ¿Es que nunca pensaste visitar el planeta de tus antepasados, la Tierra? Claro, eso será si no te importa dejar tu trabajo en el gobierno de la Federación Norte…

Mirya gritó y rodeó con sus brazos el cuello de Jason, riendo mientras le besaba.

Los hombres de Jason silbaron y volvieron la espalda a la pareja, mientras los urrenitas miraban sorprendidos la escena.

—Me parece que deberá buscarse una nueva delegado de relaciones públicas —dijo Mario Manara al regidor.

* * *

La plataforma voladora se deslizaba a pequeña velocidad a unos diez metros del suelo, por lo que el piloto la condujo por las calles, entre los edificios, que eran todos de cuatro o cinco plantas. Estaban en el centro de la urbe y habían llegado allí después de sobrevolar los suburbios a mayor altura, a bastante sobre los tejados curvados y del metal reluciente como la plata bruñida.

—Parecen utilizar la energía solar para fines domésticos —dijo

Jeff—. Un medio muy viejo, pero barato y eficaz.

—Este mundo debe tener sus fuentes energéticas agotadas —replicó Jason—. Tampoco deben estar sobrados de metales. Es posible que durante el período de vela se dediquen a traer de otros planetas el mineral que necesitan. En cuanto a la utilización de la energía solar es lógico. Este mundo es tórrido, con pocas nubes. Además, ¿qué mejor que el sol para obtener la fuerza suficiente mientras duermen?

La ciudad se extendía kilómetros y kilómetros delante de ellos y aún no habían alcanzado el centro. Habían descubierto miles de máquinas pequeñas diseminadas por las calles dedicadas a la limpieza. Extraños robots de metal negro, con seis patas y otras tantas articulaciones salían y entraban de los edificios, afanados en sus tareas. Hasta el momento ningún indicio parecía demostrar que la presencia de los terrestres había hecho sonar algún tipo de alarma.

—Deben estar muy seguros que nadie puede burlar su defensa —comentó Palmer—. Esos satélites armados son grandes. Creo que pueden fabricar su propio armamento a medida que lo utilizan. Detrás de la primera línea defensiva hay otra compuesta por otros satélites artificiales más pequeños, pero que utilizan proyectores de calor utilizando para ello la energía que captan del sol rojo. Creo que se necesitarían miles de naves armadas para romper el sistema defensivo.

—Pero nosotros hemos entrado —recordó Jason—. ¿Sugiere usted que los artills no han previsto que alguien disponga de naves capaces de cruzar las líneas de satélites por el hiperespacio y surgir a pocos metros de la superficie?

—¿Por qué no? Según ustedes, los artills vigilan los planetas cercanos en un radio de muchos miles de parsecs. Si descubren una raza que evoluciona hasta que alcance un grado de perfeccionamiento que les permita viajar a los planetas, actúan antes que puedan navegar hasta las estrellas. Y sólo después de mucha experiencia en los viajes por el hiperespacio se consigue una técnica como la que nosotros disponemos. Sin embargo…

—¿Qué, comandante? —preguntó Jason, viendo como todos los demás miraban el exterior, pero escuchaban lo que hablaban.

—Los artills, parece ser, les descubrieron a ustedes apenas se

aposentaron en Urren. Durante siglos les vigilaron por medio de sus estaciones automáticas. Cuando destruyeron una de ellas actuó la alarma y entraron en acción justo cuando conquistaban el planeta más distante de su sol. Quizá entonces debieron considerar que los urrenitas ya eran peligrosos, ¿no?

Utberg dejó de mirar al exterior y se volvió hacia el comandante.

—Eso ya se lo dijimos, ¿no? ¿A qué viene ahora? —Es archisabido por todos. ¿Por qué insiste en defenderlos? ¡Mataron a mis compañeros!

Palmer se encogió de hombros.

—El hombre siempre mató a las criaturas que consideraba inferiores por inexperiencia. Usted no vio cómo morían sus compañeros. Sólo lo sintió en su mente. Pudo haberse equivocado.

—Obligaron a uno de los muchachos a salir a aquel gélido ambiente sin aire, sin ponerse el traje espacial —rezongó Utberg—. Eso lo vi yo. Y también todos los que estaban conmigo. ¡Desde el primer momento estuvieron experimentando con nuestros cuerpos!

—Está bien, está bien —asintió Palmer con tono paciente—. No quiero polemizar con usted ahora, Utberg. Admito que los artills usaron su fuerza mental para obligarles a ir a sus naves. Al estar usted inconsciente su mente se hizo hipersensible y receptora al intercambio de ideas que ellos estaban realizando. Puede ser que lo que pensó eran los gritos de, dolor de sus compañeros fueran otra cosa en realidad. Nosotros no procedemos a descuartizar los ejemplares de una raza que vemos por vez primera.

—Vuelve a usar símiles humanos para con esos monstruos —protestó Utberg—. Eso es un error. ¿Qué espera encontrar en esta ciudad para decidirse a destruir el planeta?

Palmer se encogió de hombros.

—No puedo buscar nada determinado; pero sí confío en que veamos algo que nos arroje luz suficiente para comprender mejor a estos seres. ¿Por qué no pensamos que algo debió ocurrirles hace muchos siglos o milenios que les haya convertido en recelosos en extremo? Busquemos las causas de su autoaislamiento.

—Es perder el tiempo. En cualquier momento puede terminar el período de sueño —se burló Utberg—. Entonces me gustaría saber lo que usted haría.

—No vamos a tener esa condenada mala suerte.

—Sólo una pregunta más, comandante. Y le ruego que sea sincero al contestármela.

—Se lo prometo.

—Si las evidencias que encontremos son tan abrumadoras y no dejan lugar a dudas para pensar que los artills marcharán con sus naves de guerra hacia Urren para destruirnos tan pronto despierten, ¿qué ordenará usted?

—Saben bien que no puedo solicitar instrucciones —dijo Palmer gravemente—. En un caso semejante puedo tomar una decisión personal. Al estar imposibilitado de pedir instrucciones a mis superiores, si lo considero oportuno puedo celebrar un consejo con mis ayudantes y dictar orden ejecutiva.

—Eso no contesta a la pregunta de Utberg —señaló Vint.

—Vamos a descender —gruñó Palmer—. Hemos llegado al lugar elegido.

Antes de salir de la unidad patrullera, Palmer, Jason y Yann habían decidido una reducida zona de la ciudad que explorarían a pie, ya que resultaba imposible por su enorme extensión realizar un recorrido mayor. Aquella zona, después de un detenido estudio del mapa trazado gracias a las fotografías aéreas, parecía ser la más importante de la urbe. Todos estaban de acuerdo que en Artill tenía que existir una especie de sede gubernamental. Como la mayor parte de las edificaciones de la ciudad tenían características similares, en el barrio elegido se levantaba una especie de construcción esférica medio enterrada en el suelo situada en medio de una gran plaza.

La plataforma se posó sobre el asfalto gris y suave que cubría las calles. Delante de ellos estaba la medio esfera, reluciente al sol rojo. Estaba aislada de los demás edificios de la ciudad, excepto uno que parecía ser una reproducción en pequeño de la semiesfera, a unos veinte metros a la derecha.

Los soldados descendieron primero y avanzaron cautelosos unos metros. Entonces descubrieron que de varias casas surgían unos robots de metal negro, que con sus tres pares de patas avanzaron rápidamente hacia los humanos.

Palmer saltó de la plataforma y Jason le siguió. El comandante estuvo a punto de decirle algo, pero se calló, limitándose a

entregarle una de sus dos pistolas.

—Que nadie se precipite en disparar —dijo a los soldados. Luego hizo una indicación a los hombres que quedaban dentro de la plataforma para que cerrasen la puerta.

Los robots se acercaron raudos. Sus miembros prensiles portaban desconocidos artilugios que agitaban al aire. Jason amartilló la pistola y se juró a sí mismo que no permitiría que una máquina de aquéllas se acercase a menos de media docena de metros de él.

A su lado, Palmer vigilaba el avance de los robots con el ceño fruncido. Cuando éstos estuvieron más cerca, dijo:

—No parecen ser armas lo que llevan.

Jason tragó saliva y no respondió.

Un robot se detuvo al llegar cerca del soldado más próximo. Vaciló, se puso nuevamente en marcha, dio dos vueltas alrededor de él y regresó a la casa de la que había salido.

A continuación, como si hubieran recibido una orden, los demás robots dieron media vuelta y corrieron a esconderse.

Jason y Palmer se miraron y rompieron a reír.

Los hombres de Jason descendieron de la plataforma, seguidos de los urrenitas. Jeff preguntó:

—¿Qué ha sido eso? Lo he pasado muy mal viéndoles rodeados de esos bichos mecánicos…

—No había que temer nada de los empleados de la limpieza.

—¿Barrenderos? —Articuló Jeff lleno de sorpresa—. ¿Quiere decir que esos robots sólo se limitan a limpiar la ciudad?

—Desde luego —asintió Jason—. En diez años debe ensuciarse mucho. Cuando nos detectaron corrieron a averiguar qué había en la plaza, pero al descubrir que somos seres vivientes regresaron a sus cubículos, aunque un poco confusos, sin duda.

—Sí, debieron encontrarnos un poco distintos a sus amos —rió Manara—. Por cierto, ¿cuándo vamos a ver un artill? Estoy ansioso por conocer uno…

Palmer se volvió para estudiar la estructura esférica, enorme, que tenían delante. Al nivel de la calle existían una serie de puertas abiertas que rodeaba el edificio. En la presunta sede del gobierno, al igual que todas las demás casas de la ciudad, las puertas parecían ser un elemento extraño.

—Me intriga la otra edificación que tenemos a la derecha.

Enviaré unos hombres mientras nosotros recorremos esto —dijo el comandante. Dio unas órdenes y varios soldados uniformados de negro y plata corrieron hacia la construcción lateral—. Vamos adentro.

Dos patrulleros se adelantaron a la puerta más cercana. Llevaban en las manos unos detectores que les indicarían si las entradas disponían de campos de fuerza o algo semejante. Se volvieron y negaron con la cabeza.

—Parecen ser muy confiados los artills —sonrió Jason, ganándose con su comentario una mirada reprobadora de Utberg.

El grupo avanzó resueltamente hacia el interior.

CAPÍTULO XI

Jason iba al frente, adelantándose a los dos soldados exploradores, visiblemente emocionado: Sin embargo, se sentía tranquilo, como si estuviera seguro que ninguna clase de peligro podía estar esperándoles detrás de alguna de las columnas de acero que formaban aquel pasillo circular.

El edificio parecía estar dispuesto en su interior por una serie de habitaciones circulares concéntricas. Todo era de metal, gris, blanco y celeste, brillante y mate. Las luces parecían emanar de cada centímetro cuadrado del suelo, paredes y techos.

El siguiente módulo estaba dividido por unas cortinas metálicas, livianas, que ellos, podían apartar con las manos y parecían retirarse suavemente.

—Quizá nos hayamos equivocado —dijo Jason—, y en lugar de estar en lo que pensábamos que sería la sede del gobierno, este edificio sea nada más que una especie de templo dedicado a algún culto religioso.

—Puede ser ambas cosas —sugirió. Palmer a su lado.

Después del cuarto pasillo circular se hallaron en una vasta habitación que seguía teniendo la misma estructura. Allí se detuvieron porque hallaron a los primeros artills que veían.

En el centro de la estancia había una docena de túmulos que se elevaban a un metro de altura. En silencio y lentamente, se aproximaron al más cercano de ellos.

Jason, antes de mirar hacia el túmulo, observó que uno de los patrulleros llevaba una cámara con la que estaba filmando sus actos. Ahora estaba retirado unos metros del grupo y se acercaba lentamente con la intención de enfocar al ser que yacía sobre aquella cama aparentemente dura.

Aspirando profundamente, Jason bajó la mirada y observó al artill. Al igual que los demás, no sintió deseos de hacer comentario

alguno mientras miraba.

El artill, con sus dos metros y medio de largo yacía en posición fetal, encogidas sus tres pares de patas con seis articulaciones, casi tomadas por sus brazos tentaculares que surgían de un tronco grueso y sólido, rematado por una cabeza esférica.

La piel del artill era grisácea con tonos azules en las junturas de Tas articulaciones, rugosa. El rostro parecía esculpido en la gran cabeza parecida al barro. Una larga boca permanecía cerrada bajo seis orificios para la respiración. El único ojo estaba cubierto por una membrana negra.

Jason hizo un esfuerzo para apartar la mirada de aquel ser de aspecto horrendo, pero que sin embargo emanaba una tranquilidad y serenidad en su largo y profundo sueño que resultaba extraña aunque contagiosa para los humanos. Observó entonces a Utberg, quien estaba muy pálido y parecía temblar. Vint se le había acercado y; después de susurrarle unas palabras al oído, lo apartó.

El soldado que filmaba estaba recorriendo los demás túmulos. Cuando terminó se acercó y dijo a su comandante:

—Los demás contienen idénticos seres, señor.

Palmer asintió e indicó al grupo que siguiesen adelante, hacia el centro del edificio.

Pasaron por otras salas, más pequeñas éstas. Sólo en dos más volvieron a descubrir otros grupos de artills.

—Ausencia de ropas —comentó Jason—. ¿Civilización total? Muchos sabios no están de acuerdo con esto, pero estos seres parecen carecer de sexo. Al menos externamente no son diferenciables. ¿Cómo diablo vamos a saber quién es su líder?

—¿Por qué tiene que existir un líder? —dijo Palmer—. Al tratarse de una raza telepática pueden obrar de común acuerdo siempre al estar en contacto constante.

—Sí, un sistema de votación ultrarrápida —suspiró Jason.

El grupo alcanzó una rampa por la que ascendieron. Estaban en el centro de la cúpula, que se alzaba sobre sus cabezas unos doscientos metros. Al término de la rampa vieron el macizo de hongos, como quedó bautizado más tarde lo que en realidad era el buscado punto neurálgico de la vida en aquel planeta.

Los patrulleros armados se dispersaron cautelosamente por la estancia circular, mientras los demás se acercaban al núcleo de

esféricos aparatos situados en el centro de la plataforma.

Jeff no se atrevió a acercarse a menos de un metro de distancia, observando aquello en silencio. Después de unos instantes, dijo:

—No nos hemos equivocado. Desde este edificio se rige no ya solo la ciudad, sino toda la comunidad artill del planeta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le interpeló Manara.

Vint Subak asintió.

—Sí, así es. Zarit tiene razón. Debimos haber pensado que debíamos encontrar algo parecido. Esta raza sólo ha confiado en la constante energía solar para cuidar sus ciudades mientras ellos duermen. Todas las edificaciones disponen de perfeccionados espejos solares para dar calor a sus moradores mientras duermen en las épocas invernales, aunque aquí no deben ser muy bajas, y frescor en los tórridos veranos. También en este edificio se recibe toda la energía captada en el planeta y que sobra, enviándose a los satélites artificiales, a las fábricas automáticas que deben estar trabajando mientras sus amos esperan despertar. Debe ser así. Todo debe seguir funcionando para cuando los artills comiencen su día que dura diez años. Deben encontrarse todo de igual forma que estaba al comenzar el sueño. Sería catastrófico para el planeta que todo se detuviese mientras sus habitantes permanecieran sumidos en el profundo sopor. Se despertarían y no encontrarían comida, los robots dejarían de trabajar al no recibir la energía radiante que emiten las casas y, sobre todo, este gran centro que debe funcionar como una gigantesca reserva.

—¿Por qué no han usado la energía atómica? —preguntó el regidor Imre.

—Por supuesto deben conocerla, pero durante el período de diez años podía producirse un fallo que resultaría mortal. La que reciben del Sol es suficiente para ellos. Miren esas esferas.

Si en el primer momento parecía que las esferas transparentes estaban colocadas de forma anárquica, un examen detenido llegaba a la conclusión que éstas ofrecían una distribución lógica. Cada esfera representaba un núcleo urbano del planeta. Todas lucían un tono azulado en su interior. Observaron que cuando una de ellas perdía su brillo las otras esferas parpadeaban.

—Eso quiere decir que alguna ciudad está cubierta por las nubes y recibe poca energía. Al debilitarse, las otras ciudades le

transmiten parte de sus reservas —explicó Vint—. Luego, las urbes que ahora están necesitadas, serán ellas las que acudan en socorro de otras cuando recuperen sus fuerzas. Es imposible que más del cincuenta por ciento de las ciudades estén deficitarias.

—Entonces los artills que hemos visto dormir en este edificio son los funcionarios públicos del planeta —dijo Jason—. ¿Los líderes?

—No debe haber una cabeza regidora. Si acaso sólo cumplen con su trabajo como uno más de la comunidad —respondió Palmer.

Utberg se adelantó y señaló el grupo de esferas. Su voz estaba alterada cuando dijo:

—¿Se dan cuenta lo que hemos descubierto? No es preciso utilizar bombas de ninguna clase. Es tan sencillo que me parece imposible creerlo.

—¿Qué quiere decir, Utberg? —preguntó el comandante secamente.

—Es fácil de comprender. Sólo tenemos que detener este mecanismo para impedir que los artills despierten, o que cuando lo hagan se encuentren con un planeta que marcha a la deriva. Todo estará paralizado. Ningún mecanismo funcionará. Sus naves no podrán despegar y carecerán de alimentos, se helarán o sudarán hasta…

—Nadie causará el menor daño a nada de esto —silabeó Palmer.

Utberg le miró con estupor y luego recorrió con una mirada de asombro a los demás.

—¿Es que piensa pedirnos que nos marchemos de aquí sin hacer nada para librar a Urren de la suerte que estos monstruos le tienen reservada?

—Exactamente.

Jason se deslizó lentamente, acercándose a Utberg. Le veía cada vez más alterado y capaz de realizar algún acto luego irreparable.

Pero la tensión del momento se vio aliviada por la entrada precipitada de dos de los soldados que Palmer había enviado a la construcción lateral.

—Señor, en el otro edificio hemos hallado a docenas de humanos —explicó un patrullero—. Por sus ropas parecen ser los astronautas urrenitas secuestrados por los artills.

—¿Qué han hecho estos demonios con mis compañeros? —aulló Utberg.

El soldado le miró y luego explicó a su jefe:

—Están vivos, aunque congelados sus cuerpos. En cada urna hay un gráfico fácilmente deducible para nuestras escalas. Creo que podemos trasladarlos a nuestra nave y allí revivirlos.

Jason miró irónicamente a Utberg.

—Los artills no mataron a sus amigos, Utberg. Los trajeron aquí para observarlos, sin descuartizarlos como usted imaginaba. Pero tuvieron que congelarlos mientras ellos dormían. Tal vez pensaban revivirlos a ellos también después que despertaran. Era lo más piadoso que podían hacer. Así no les robaban diez años de sus vidas. Los urrenitas no habrán envejecido ni soportado un cautiverio por una década.

—Está en un error… Ellos mataron a los que estaban en las naves que nos aguardaban…

—Hay noventa y ocho hombres, señor —le dijo el patrullero.

—No es posible —gritó Utberg—. Nosotros vimos cornos las naves estallaban y…

—Lo importante es que no hayan muerto, Utberg —dijo Vint muy serio—. Es posible que los artills los sacaran de las naves antes de probar con ellas sus armas. Creo que será mejor ir a verlos.

—Sí —admitió Palmer—. Veremos la forma más segura de trasladarlos a la nave. Jason, ¿no cree que los artills pensarán de distinta forma si al despertar encuentran un mensaje nuestro convenientemente redactado con símbolos para que comprendan que nada tienen que temer de nosotros?

Jason sonrió.

—Sí. Son inteligentes y comprenderán que hemos tenido la ocasión de destruirlos. Al principio se asustarán un poco al saber que mientras dormían placenteramente nosotros estuvimos aquí curioseándolo todo, y que nos llevamos sólo lo que nos interesaba: sus prisioneros.

—Así pienso yo —dijo Imre—. Comprendo su decisión, comandante Palmer. Estábamos un poco equivocados. Los artills han respetado las vidas de nuestros compatriotas. Estoy seguro que sabrán apreciar el gesto de unos seres que salvaron sus defensas, estuvieron en esta sala y rehusaron la posibilidad de aniquilar su civilización. Es seguro que comprendan que no deben temer nada de nosotros aunque estemos aprendiendo a viajar a las estrellas.

Empezaron a bajar por la rampa y Jason, al pasar al lado de Utberg, le escuchó musitar:

—Están locos, están locos. Esos monstruos les están engañando y no se dan cuenta. Cuando despierten volarán más furiosos que nunca hacia Urren y…

Todos habían bajado excepto Jason, que se rezagó mirando hacia atrás, vigilando a Utberg, quien aparentaba una desolación total. Con los hombros caídos, el hombre avanzaba hacia el borde de la plataforma arrastrando los pies.

De súbito, lanzando un grito infrahumano, Utberg corrió hacia el macizo de esferas, anunciando que él tenía el deber de salvar a Urren.

La comitiva que salía de la estancia circular se detuvo y varios soldados y el comandante volvieron a ascender la rampa. Jason reaccionó dando un gran salto con la pretensión de detener a Utberg agarrándole por los pies, pero falló por unos centímetros, sufriendo un doloroso golpe en el hombro izquierdo al caer sobre el duro suelo metálico.

Desde allí observó horrorizado cómo Utberg alcanzaba las esferas y alzaba los brazos para golpearlas. Y esperaba ver saltar los frágiles cristales en mil pedazos cuando el cuerpo de Utberg pareció haber chocado contra una pared, lanzaba un nuevo grito, ahora de decepción y caía de espaldas.

Jason se levantó y Palmer le ayudó, yendo luego ambos a socorrer al astronauta.

Al acercarse supieron que nada podían hacer por él.

Utberg estaba muerto. Su rostro, pecho y manos estaban lisas como el cristal. Todo lo que había tocado aquella pared invisible que defendía las esferas parecía haber sido machacado por un gigantesco martillo.

—Era el último dispositivo defensivo de los artills —dijo Palmer.

Luego ordenó a sus hombres que recogiesen aquel cuerpo. Los artills no deberían saber nunca que un humano, enloquecido, había intentado acabar con la vida en aquel planeta.

EPÍLOGO

Apenas regresaron a Urren, Jason manifestó su deseo de regresar a Althar IV
. Con ironía dijo a Palmer que allí le esperaba una mercancía que ya tenía pagada.

Partieron al día siguiente, tan pronto como Mirya presentó su dimisión a Hans Larssen. El «Leviatán» despegó de una plataforma muy cercana a la que ocupaba la gigantesca mole esférica de la unidad patrullera del Orden. Palmer aseguró a Jason que algún día volverían a verse, después de celebrar unas consultas con los líderes de Urren para asegurarles que su organización facilitaría los medios para que se reintegraran a la vida de la galaxia humana. Como última recomendación aconsejó a Jason que no volviera a meterse en líos.

—No se preocupe —respondió Jason mientras tomaba a Mirya por la cintura—. Tengo la intención de convertirme en un honrado comerciante. Tan pronto venda mi mercancía pienso pasar unas vacaciones en la Tierra. Luego regresaré a Urren y nadaré en dinero, porque pienso pedir al presidente Larssen una concesión comercial.

Horas más tarde, navegando por el hiperespacio, y a solas en la cabina de mandos, Jason y Mirya gozaban de la paz y soledad que habían estado buscando. Jeff y los demás descansaban en sus camarotes. Jason les había dicho que no tuvieran prisa en relevarle del puesto. Mirya estaba con él y los dos ocupaban uno solo de los amplios sillones, observando el fulgurante cambiar de luces que mostraba la pantalla del espacio.

—¿No estaríamos más cómodos en tu camarote? —preguntó Mirya.

—No, desde luego que no.

—¿Por qué?

—Es que… Esta cabina dispone de gravedad artificial independientemente del resto de la nave. Mientras los muchachos duermen nosotros podemos estar en caída libre y…

—¿Y…?

Jason rió. Deslizó su mano hasta mover una palanca.

—Quiero enseñarte lo maravilloso que es soñar y amar en caída libre.

Luego, mientras abrazados flotaban, ella alcanzó a disminuir el volumen de luz.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).